INTRIGA Y AMOR

Ó

EL MÉDICO ESPAÑOL,

DRAMA EN CUATRO ACTOS

SACADO DE UNA ÓPERA DE SCRIBE

POR

Darsino Delfico.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1840.

INTERLOCUTORES.

ISABEL, *hija de Pedro el Grande.*
FERNANDEZ, *su médico.*
GOLOFQUIN, *ministro de policia.*
EUDOXIA, *su muger.*
ESTROLOF, *esclavo de Golofquin y maestro de postas.*
CATALINA, *esclava de Golofquin.*
DEMETRIO LAPUQUIN, *joven oficial del regimiento de Novogorod.*
SAMOYEF, *oficial del mismo regimiento.*
VOREF, *ayudante de campo de Golofquin.*

La escena pasa en Rusia: el primer acto en un pueblo cercano á S. Petersburgo, y los restantes en esta capital.

ACTO PRIMERO.

Patio de una casa de postas: al fondo el campo, á la izquierda del espectador la puerta de la casa, á la derecha la entrada del techado para los carruages.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon está ESTROLOF *sentado con la cabeza baja como pensativo.* SAMOYEF *y otros oficiales salen por el fondo hablando entre sí con espuelas y látigo.*

Samoyef. (*A los otros.*) Pues ahora los pediremos al maestro de postas. (*Llamando.*) Hola, el maestro de postas!

Estrolof. Yo soy, señores.

Todos. Queremos caballos para correr.

Estrolof. No puedo darlos, señores, porque no los tengo.

Samoyef. Cómo que no los tienes! Señores, yo he entrado en la cuadra y la tiene llena.

Estrolof. No importa, no tengo caballos para vosotros.

Samoyef. Cómo asi, bribon? Siervo infame, obedece ó te desollamos á azotes.

Estrolof. El infeliz ruso nació para sufrir: (*Con frialdad.*) azotadme, no me es lícito defenderme. (*Le rodean y dan con los látigos.*)

ESCENA II.

DICHOS *y* DEMETRIO.

Demetrio. Qué haceis, amigos? Por qué pegais á ese miserable? (*A Estrolof.*) Yo le defiendo; pero sé racional. Relevados de nuestra pesada guarnicion, queremos llegar á S. Petersburgo antes que nuestro

regimiento que viene detras. Si tú nos sirves, pagaremos.

Estrolof. Eso ya es otra cosa. Tengo caballos y muy buenos.

Demetrio. Pues dánoslos.

Estrolof. No puede ser.

Demetrio. Por qué?

Estrolof. Porque estan ya tomados.

Demetrio. Para quién?

Estrolof. Para la princesa Isabel, que debe llegar esta noche á S. Petersburgo.

Demetrio. Pues quién te lo ha dicho?

Estrolof. Esta carta que me escribe su médico.

Samoyef. El médico español?

Demetrio. (*Despues de leer.*) En efecto, es su letra; y está todo pagado para la princesa y su comitiva.

Samoyef. Eso es diferente. Si es para la hija de Pedro el Grande, aguardaremos hasta la noche.

Demetrio. Y comeremos aqui. Yo me encargo de disponerlo. (*Se van.*)

ESCENA III.

DEMETRIO. ESTROLOF.

Demetrio. Vamos ahora á tratar de la comida: ocupacion bien fastidiosa para mí que debia abrazar á mi querida en S. Petersburgo.

Estrolof. Dichoso sois.

Demetrio. Sí en verdad, porque despues de dos años de desterrado con mi regimiento en Novogorod.... Pero vamos á la comida. Qué puedes darnos?

Estrolof. Dirigios al mayordomo, porque yo nada tengo.

Demetrio. Cómo nada?

Estrolof. Tengo yo la culpa de no ser mas que un criado, un esclavo? De que todo cuanto gano pertenezca á mi amo el conde Golofquin, señor de esta tierra?

Demetrio. Golofquin, el ministro de policia, que con Munic y Osterman forma el consejo de regencia?

Estrolof. El mismo; y amo bien cruel! Aqui no se

respeta al viejo, al niño ni al enfermo: al què raciocina, azotes; al que tarda un momento en obedecer, azotes: siempre cruge sobre nuestras carnes el látigo de la esclavitud.

Demetrio. Oh, no es posible què el conde Golofquin...

Estrolof. Que no es pòsible! Vedme á mí aqui, Estrolof paisano ruso, hijo de paisano: me iba á casar con Catalina, mi prima y esclava como yo.... y la mañana misma de nuestra boda, me la arranca el mayordomo y la conduce á S. Peterburgo à servir á la condesa... ó tal vez al conde ¿quién sabe?... y porque mi madre y yo suplicamos, porque elevamos nuestra voz una vez, nos hizo dar treinta carreras de azotes. En cuanto â mí pase; soy robusto y para nada mas puedo servir que para ser azotado... pero mi madre, mi pobre madre de sesenta años... hubiera muerto sin duda alguna, á no ser por el señor Fernandez, médico de la princesa que venia de S. Petersburgo y la asistió... y ciertamente él la salvó la vida en el estado deplorable à que la redujo el horrible suplicio. El señor Fernandez no es ruso, es un médico español... ah, si lo conociéseis..!

Demetrio. Sí que le conozco: le he visto algunas veces cuando ibamos á visitar á la princesa, confinada como nosotros en Novogorod. Es un hombre estravagante, pero no carece de mérito.

Estrolof. Ya lo creo! Daria yo por él los pocos dias que me quedan de azotes... Ay Dios mio, un coche!

Demetrio. Será el de la princesa.

Estrolof. (*Aterrado.*) Ah, no!..

Demetrio. Qué tienes, hombre, que tiemblas como un azogado?

Estrolof. Dios sea con nosotros! Es el mismo conde Golofquin... antes de mucho sonarán las carnes de los infelices habitantes de està tierra..!

Demetrio. Pues mira, no lo estimo yo mas que tú: no quiero verle y me voy á disponer nuestra comida. (*Se va por la derecha.*)

ESCENA IV.

ESTROLOF. GOLOFQUIN. VOREF. DOS COSACOS.

Golofquin. (*Que entra hablando con Voref.*) Pues cómo? ¿Se han adelantado estos oficiales á su regimiento?

Voref. Sí, señor escelentísimo.

Golofquin. Mucha prisa tienen de llegar á S. Petersburgo. Se les dirá que no han de estar allí mas que un dia: lo necesario para que descansen los soldados, y desde allí á Esmolensco por el camino mas corto. La marcha no se ha de dilatar por ningun motivo: estos, que marchen ahora mismo.

Voref. Ahora no es posible, porque estan tomados todos los caballos para la princesa Isabel.

Golofquin. Quién ha obedecido esa orden?

Voref. (*Señalando á Estrolof.*) Ese.

Golofquin. Pues no sabe que nadie mas que yo tiene derecho de mandar aquí? Para que otra vez se acuerde... (*Hace señas de que le azoten.*) Pronto.

Estrolof. Bien lo temia yo... Ah S. Nicolás! un cuarto de hora de venganza para desquitarme de cuanto he recibido. (*Se va con los dos cosacos.*)

Golofquin. (*A Voref.*) Ved qué ruido es ese.

Voref. La princesa que se apea del coche.

Golofquin. Corramos á encontrarla.

Voref. Mi señora vuestra esposa se os ha adelantado: (*Mirando al foro.*) por este lado vienen.

ESCENA V.

DICHOS. ISABEL. EUDOXIA. FERNANDEZ, *con aldeanos y aldeanas que la saludan.*

Golofquin. (*Con enfado.*) Callareis? Vuestros gritos molestan á su alteza.

Isabel. No tal, señor de Golofquin, á quién molesta ser querida? Gracias, amigos mios, gracias. (*Se van por el foro.*) Querida Eudoxia, (*Cogiéndola las manos.*) Qué satisfaccion la de verte y abrazarte para mí que ni aun sabia tu casamiento! (*Volvién-*

dose á Golofquin.) Gracias, señor conde, por haber salido á recibirme á tres leguas de S. Petersburgo. Tanto obsequio á una princesa caida, hace honor á un cortesano. Pero lo que mas os agradezco es haber traido á vuestra esposa, antes mi dama de honor y siempre (*La vuelve á coger la mano.*) mi amiga querida: no es verdad?

Eudoxia. He querido acompañar al conde para que nadie antes que yo rindiese homenage á vuestra alteza. Os ha cansado mucho el viage?

Isabel. No por cierto: me siento muy bien. No es verdad, Fernandez? porque eso le toca á él; yo nunca me meto en eso. Muchas veces me dice que tengo jaqueca, ataque de nervios; y suele hacer mas caso que yo. Es hombre de talento.

Golofquin. Y ademas súbdito fiel....

Isabel. Le habeis colocado en mi casa, y en verdad que os lo agradezco mucho; porque á no ser por él, mas de cuatro veces me hubiera fastidiado en la casa de recreo de Novogorod. Pero en fin, ya estoy cerca de S. Petersburgo donde dicen que las fiestas y los bailes son brillantes: alli pienso desquitarme.

Golofquin. Qué sé yo, señora, si eso podrá ser; porque justamente vengo de parte de su alteza doña Ana de Curlande, regenta del imperio durante la menor edad de su hijo el príncipe Ivan, nuestro joven emperador. Como digo venia....

Isabel. A qué? Acabad.

Golofquin. A decir que su alteza juntamente con el consejo de regencia, del cual tengo el honor de ser parte, han esperimentado una sorpresa desagradable al saber vuestra salida de Novogorod, de la cual no os habeis dignado prevenir cosa alguna.

Isabel. Y para qué? Este no es mas que un viage de diversion y de salud, no es verdad, Fernandez?

Fernandez. (*Inclinándose.*) Ciertamente, señora.

Golofquin. (*Con dulzura afectada.*) En cuanto á eso nada tenemos que decir, solo que nosotros no creemos que el aire de S. Petersburgo convenga á vuestra alteza, y asi vengo á aconsejarla que tenga á bien no entrar en la capital.

Fernandez. (*Aparte.*) Qué audacia!

Isabel. (*Con altivez.*) Conde Golofquin, mé dais una orden?

Golofquin. (*Con respeto.*) Nada de eso... Solo una súplica que no creo prudente que despreciels. Vuestra presencia en S. Petersburgo alentaria á ciertos ambiciosos que conspiran subterráneamente, y que alzarian tal vez la frente si soñasen á vuestra alteza á su cabeza.

Isabel. Vamos, ya entiendo: eso daria que hacer al ministro de policia; pues eso, conde, es cuenta vuestra; y no querria yo por cierto privaros de una ocasion de lucir vuestro talento.... Porque el senado me ha escluido del trono; porque ha resuelto que el príncipe Ivan, sobrino de Pedro I, sea antes que yo que soy su hija, no he de poder mudar mi residencia, viajar por diversion ó por mi salud, ni ir á un baile á S. Petersburgo sin producir conspiraciones, escitar sospechas, y turbar el sueño de los ministros.... eso es ya abusar de mi paciencia, y solo contesto una palabra: yo no conspiro ni conspiraré nunca, y si lo hiciese os autorizo para hacer rodar mi cabeza. Pero quiero ir á S. Petersburgo y permanecer allí cuanto me parezca bien, (*Con ironia.*) y creo que será algun tiempo. Es la corte tan agradable! Decidlo asi á la regente y á vuestros dignos compañeros Munic y Osterman; y veremos si hay quien se atreva á espulsar de los muros de la capital, á echar á la fuerza á la hija de Pedro el Grande. Preparad, pues, conde Golofquin, todo lo necesario para mi marcha, pues voy con vos á S. Petersburgo.... os permito acompañarme. A Dios, Eudoxia; pronto nos veremos. (*Eudoxia y Golofquin la saludan con respeto, y este se va con Voref.*)

ESCENA VI.

ISABEL. FERNANDEZ.

Isabel. No le veo; y ya debe estar aqui, porque debia llegar antes que yo. (*Buscando en derredor suyo.*)

Fernandez. Bien, señora, muy bien. (*Acercándose.*)

Isabel. (*Con aire de triunfo.*) ¿Es verdad que no lo he hecho mal? Soy naturalmente debil, pero cuando me pican... y me pica mucho que no me dejarán asistir al baile que se prepara en S. Petersburgo.

Fernandez. ¿Qué decís, señora?

Isabel. Es una gran fiesta: hace dos meses que se estan haciendo los preparativos.

Fernandez. ¿Y es ese en efécto el único motivo que os lleva á S. Petersburgo? ¿No teneis ningun otro?

Isabel. No por cierto.

Fernandez. (*Siempre á media voz.*) Y no os importa nada recibir órdenes insolentes cuando deberiais darlas aqui á todos, entrar como súbdita en el palacio de los zares, donde deberiais reinar como emperatriz?

Isabel. Oh! volveis ya al tema de siempre? Por Dios, Fernandez, que no me siento buena hoy.

Fernandez. Es claro, acostumbrada á un aire mas alto, á una temperatura mas elevada, la del trono por ejemplo, es indudable que esa os pondria buena; y si yo estuviese en vuestro lugar... (*Con intencion.*)

Isabel. Sí, si estuvieseis; pero no lo estais, y hay mucha diferencia entre los dos.

Fernandez. Sí, la hay, y me atrevo á decir que toda es en favor mio. Español, y lanzado de mi patria recien concluida mi carrera por las persecuciones de la inquisicion, sin mas recursos que mi juventud y mi talento, nunca he desesperado de nada: sea audacia, sagacidad, intriga ó lo que gusteis, todo es bueno cuando conduce al fin propuesto, y yo he llegado á él. He hecho fortuna en la corte de Rusia, y soy primer médico de la princesa Isabel, de la hija de los zares del imperio: nada era, y ved á donde he llegado... Y vos, señora, nacisteis en las gradas del sólio, erais heredera de la corona y habeis descendido hasta la clase de princesa sin crédito, sin poder, sujeta á los caprichos de vuestros vasallos, á las órdenes de Golofquin ó de Osterman.

Isabel. Fernandez, quereis incomodarme?

Fernandez. Quisiera haceros salir de esa indiferencia, de esa apatia que tanto se opone á mis planes de vues-

tra felicidad. Si pudiera yo trasladar á vuestras venas esta fiebre, este deseo insaciable de gloria que corre por las mias!... mañana os veriais en el trono de vuestros mayores, y brillaria en vuestra frente la corona de los Zares. Oh, cuánto realzaria vuestra belleza! y cómo crecerian vuestras gracias naturales!

Isabel. (*Gozosa.*) De veras? Pero no, no. (*Reprimiéndose.*) Otros planes agitan mi corazon, que á nadie comunicaré. Qué feliz es, doctor, el que sabe hallar la dicha lejos de la corte y su grandeza, entre el amor y los placeres domésticos. Pero yo conspirar! una debil muger!

Fernandez. No estoy yo aqui para morir por vos?

Isabel. A la muerte es adonde quereis conducirme?

Fernandez. No, al trono que os pertenece (*Mirándola.*) Veo que animan vuestro semblante los sentimientos de honor, y que ha pasado á vuestro pecho el amor de gloria que me inflama.

Isabel. Qué quereis, que renuncie á mi reposo? que arme el brazo de mis enemigos? Pues bien, haced lo que gusteis.

Fernandez. Con que consentís?...

Isabel. No, todavia no; dentro de poco os daré aqui mi última respuesta. (*Se va.*)

ESCENA VII.

FERNANDEZ. ESTROLOF.

Fernandez. Yo la obligaré á conspirar y la haré emperatriz á pesar suyo; porque esto no es princesa, es una muger y nada mas: frivolidades, placeres, sueños de amor... y de esto depende la felicidad de millones de hombres! Dejémosla ahora sus caprichos si conducen á mi objeto. (*Viendo á Estrolof.*) Estrolof, que triste y pensativo! (*Llega el esclavo, dobla la rodilla y le besa la mano.*) Ya hace tiempo que no nos vemos: desde mi último viage. Mucho me he acordado de tí. Cómo sigue tu madré?

Estrolof. Sigue bien, señor médico, y yo tambien; ahora mismo acabo de sufrir la pena de azotes.

Fernandez. Ahora!

Estrolof. Por orden de Golofquin. Oh desesperacion! siempre recibir y callar.

Fernandez. Y si se presentase ocasion de restituir?... Si algun dia pudieses tu azotar á Golofquin...

Estrolof. Yo á él? no le azotaria nunca; matarle, eso sí (*Con alegria concentrada.*); pero azotarlo, no me atreveria.

Fernandez. Tanto monta. Y en el mundo todo es posible. Ya yo he dado el primer paso: ahora te acabo de comprar al mayordomo de Golofquin.

Estrolof. Es cierto, señor? Con que vos sois ya mi amo?

Fernandez. Voy á llevarte á S. Petersburgo, donde verás á tu Catalina, te casaré con ella y os daré libertad á los dos.

Estrolof. Ah! Sr. Fernandez: vuestro es mi cuerpo y mi alma; si quereis que me mate por vos no teneis mas que decirme, ve; y me vereis correr.

Fernandez. (*Con calor, pero siempre recatándose.*) Bien, hijo mio, participarás de mis peligros; porque necesitaré de tu ánimo y de tu brazo: ya te diré el objeto.

Estrolof. ¿Y para qué?

Fernandez. Digna respuesta de un soldado ruso!... Que gente tan buena para conspirar!... No es asi en España, donde todos querrian saber... Pero qué rumor es este?

ESCENA VIII.

DICHOS. DEMETRIO.

Demetrio. Sí, lo juro: no morirá sino de mi mano.

Fernandez. De quién se trata, señor oficial? es algun enfermo que quereis recomendarme? algun tio rico sin herederos? aqui me teneis á vuestra disposicion.

Demetrio. Oh! sois vos, amigo Fernandez: estoy furioso.

Fernandez. Contra quien?

Demetrio. Contra ese indigno, ese infame de Golófquin.

Estrolof. Cuidado, que si lo oyese...

Fernandez. Porque está aqui.

Demetrio. Ya lo sé, y no me importa! me enviaria á Siberia? ya ha hecho mas contra mí: acaban de comunicarnos una orden de que solo permanecerá un dia en la capital nuestro regimiento.

Fernandez. Es posible!

Demetrio. Despues de dos años de ausencia; y la mayor infamia, doctor, esque yo tengo alli á la querida de mi corazon... y salga usted al dia siguiente para Esmolenseo. No saldré, vive Dios, antes pediré mi licencia absoluta y haré pedazos mi espada.

Fernandez. Calmaos.

Demetrio. No: es una atrocidad que no le perdonaré nunca; y Golofquin me la ha de pagar en este mundo ó en el otro... no verla despues de una ausencia!.. y todo por qué? porque dicen que nuestros soldados... que el regimiento de Novogorod tiene mal espíritu.

Fernandez. (*Con alegria.*) De veras? ya me lo habian dicho á mí.

Demetrio. Voto va sanesque hacen bien; y tal estoy yo que aunque nunca me he metido en nada, si ahora supiese de algunas buenas conspiraciones, de un proyecto de sublevacion cualquiera, me metia en él sin titubear.

Fernandez. Es posible?

Demetrio. Con una condicion: que se me permitiera matar á Golofquin por mi propia mano.

Estrolof. Es uno de los que yo he detenido. (*A Fernandez.*)

Fernandez. Calla.

Demetrio. Pero que! Nadie se mete en conspirar: los rusos se dejarán siempre oprimir sin alzar nunca la frente.

Fernandez. Quién sabe?

Demetrio. Cómo? qué decís?

Fernandez. Si hubiese en Rusia varones esforzados cuyo deseo simpatizase con el vuestro, y reclamasen el apoyo de vuestra espada y de vuestros fieles soldados, podrian contar?...

Demetrio. Indudablemente... (*Parándose y mirándole con asombro.*) Pero decidme, doctor, es de veras? hay

algo? porque yo hablaba sin pensar... pero no me desdigo nunca. Eso sí, nunca he conspirado, y como es cosa nueva...

Fernandez. ¡Qué aturdido! (*Aparte.*)

Demetrio. Pero parémonos un poco... lo que vos quereis es derribar á Golofquin... matarle... no es mal pensado... aunque quizá es demasiado para la primera vez.

Fernandez. (*Mirando á la izquierda.*) Silencio, que viene gente. (*Aparte.*) Y es la muger de Golofquin.)

Demetrio. (*Mirando al mismo lado.*) Dios mio, es posible! Qué aparicion!

Fernandez. No es ocasion de deciros mas. (*A Demetrio.*) Despues lo sabreis todo. Ven, Estrolof.

Estrolof. Voy, mi amo. (*Salen por la derecha.*)

ESCENA IX.

DEMETRIO, *despues* EUDOXIA.

Demetrio. (*Mirando siempre á la izquierda.*) Es ella, no hay duda; y viene hácia aqui!... Y yo que corria á S. Petersburgo para verla, para casarme con ella!... Eudoxia. (*Yéndose á ella.*)

Eudoxia. Qué es lo que veo! vos, Demetrio aqui!...

Demetrio. Sí, despues de dos años de ausencia y de tormento.

Eudoxia. Callad!

Demetrio. Y por qué? Ya no temo á nadie; mi tio me ha dejado al morir grandes riquezas, que serán para vos: ya no hay obstáculos, y debe cesar vuestra resistencia.

Eudoxia. Ahora existe el mayor de todos, el mas acerbo para vos, Demetrio; pero la salvacion de mi padre lo exijia: iban á mandarlo á la Siberia y no habia otro medio de libertarlo que dar mi mano á su perseguidor.

Demetrio. Y vos consentisteis?

Eudoxia. Por Dios, no me culpeis, porque mi corazon.... mi corazon (*Mirando atras.*) era vuestro.

Demetrio. Lo he perdido todo en el mundo!

Eudoxia. Debo apartarme de vos. La gloria militar

podrá compensar las consecuencias de un amor desgraciado. Tal vez otros amores... Quizá otra mas dichosa podrá consagraros una vida que yo no poseo ya, porque media un juramento terrible.

Demetrio. Antes me prometisteis á mí una eterna fidelidad.

Eudoxia. Dejadme, Demetrio, por compasion.

Demetrio. Sí, os dejo; pero sabed que sin la única esperanza que me hacia amar la vida, estoy decidido á entrar en una conspiracion que me acaban de proponer. Si muero vos sois la causa.

Eudoxia. Qué decís? Olvidad, yo os lo ruego, ese plan infernal.

Demetrio. No, estoy resuelto. Espondré mi vida, pero sacrificaré al tirano Golofquin.

Eudoxia. Qué decís? Qué nombre habeis pronunciado? él viene. (*Viéndole llegar.*) Mirad, ese es mi esposo.

Demetrio. Su esposo!

ESCENA X.

DICHOS. GOLOFQUIN.

Golofquin. (*Pensativo.*) No es posible que escapen los conspiradores... (*Viendo á Demetrio.*) Oh! capitan: ya os habrán dicho que solo un dia se detendrá el regimiento en S. Petersburgo.

Demetrio. Sí, ya nos han comunicado vuestra orden soberana. Un dia! Oh! eso es mucha bondad! Cierto que debemos bendecir al que nos concede tanto favor. (*Con ironia.*)

Golofquin. (*A Eudoxia.*) Isabel ha preguntado por vos y quiere veros. (*Sale con ella pensativo y repitiendo.*) No es posible que escapen, el hilo está en mi mano. (*Entran en la casa de la izquierda.*)

ESCENA XI.

DICHOS, LOS OFICIALES *que vuelven*, SAMOYEF, ESTROLOF *y algunos criados esclavos que ponen la mesa.*

Samoyef. Parece que se trata ya de comer. Yo voy á avivar el servicio. (*Se dirige al foro con los criados.*)

Fernandez. (*Aparte.*) Esta comida podria servir á mis proyectos.

Samoyef. (*A Fernandez.*) Es de los nuestros el doctor? (*A sus compañeros.*) Amigos, al médico hay que obsequiarle, porque de una plumada puede vengarse.

Demetrio. (*Aparte.*) Desafio ya la venganza del marido.

Fernandez. (*Dándole la mano.*) A comer.

Demetrio. La dieta no entrará en el régimen conspiratorio: un conspirador bien podrá comer. (*A Fernandez.*)

Fernandez. No solo puede comer, sino que puede conspirar comiendo. Acepto, señores, con gusto, porque tengo apetito.

Demetrio. (*Aparte.*) Ocultémosle mi despecho. (*Se sientan á la mesa.*) Empecemos por brindar á la salud del doctor. (*Tomando un vaso.*)

Fernandez. (*Idem.*) A la vuestra, señores.

Demetrio. Segundo brindis: A nuestros amores.

Fernandez. Yo propongo otro: á la felicidad de la patria.

Samoyef. Su felicidad es un sueño mientras reine aqui la tirania.

Fernandez. Sí, muchos quisieran derrocarla...

Todos. Qué decís?

Fernandez. Que sois soldados y que con las armas se sostiene ó se abate á los tiranos.

Demetrio. (*Con viveza.*) Digo que tiene razon.

Todos. Sí, sí...

Fernandez. (*Levantándose.*) Brindemos á la igualdad que el Criador dió á todos, opresores y oprimidos, y á la libertad de nuestros hermanos.

Todos. A su libertad y á la nuestra.

Fernandez. Sí, amigos, jurémoslo todos: caerán los enemigos de la patria al golpe de nuestro brazo.

Todos. Sí, sí, mueran los tiranos.

Samoyef. Pero á quien obedeceremos? quién deberá sentarse en el trono?

Fernandez. La que todos acatan reina en lo íntimo de su pecho: la hija de Pedro el Grande: Isabel.

Todos. Isabel!

Samoyef. Ella es en efecto la que tiene mas derecho á mandarnos por su nacimiento.

Fernandez. Y mas aun por su clemencia y sus virtudes.

Demetrio. Yo daré toda mi sangre por ella.

Todos. Y yo... y yo...

Fernandez. Viva Isabel.

Todos. Viva.

Samoyef. Pero antes de sacrificarnos por ella, nos es conocido su consentimiento? quién nos lo asegura?

Fernandez. Yo.

Samoyef. Respondeis con vuestra vida?

Fernandez. Hace un instante que he oido aqui su promesa y respondo de su fidelidad; mas para asegurarnos mas, aqui debe llegar muy pronto.

Demetrio. Moriremos por ella: no hay ya duda alguna.

Todos. Todos estamos ya decididos.

ESCENA XII.

DICHOS, ISABEL, EUDOXIA, GOLOFQUIN *que sale de la puerta de la izquierda.: paisanos y paisanas que entran por el foro.*

Fernandez. Héla ya aqui: silencio, que la acompaña Golofquin.

Isabel. Qué tenemos, está ya todo dispuesto para el viage? (*Golofquin dice que sí inclinándose.*)

Isabel. (*A Eudoxia.*) Creo que debe ser brillante la funcion de mañana. Qué contentas estaremos!... (*Viendo á Demetrio.*) Oh, Dios, que sorpresa! Los oficiales que en mi destierro de Novogorof hacian menos triste y solitaria mi residencia! Estos eran mis cortesanos cuando todos huian de mí. (*Viendo á Fernandez.*) Hola, Fernandez, una palabra. (*Le conduce hácia adelante.*)

Fernandez. Cuál es pues vuestra resolucion?

Isabel. Solo de recordar vuestra propuesta atrevida tiemblo. Ni hablarme mas de proyectos ni sueños de coronacion. (*A Fernandez.*)

Fernandez. Señora, es posible?

Isabel. (*Alto.*) No pensemos mas que en el precioso baile que nos espera. Vos vendreis sin duda? (*Sa-*

luda á Fernandez con la mano y vuelve al lado de Eudoxia.)

Fernandez. Debilidad de muger!

Demetrio y los demas oficiales. Qué hay? qué tenemos? (*Se acercan á Fernandez y le rodean preguntándole.*)

Fernandez. (*Despues de un instante de silencio con tono resuelto.*) Está conforme: es nuestra; pero es necesario apresurarse, porque la princesa está en peligro.

Demetrio. Prontos estamos: todos lo juramos. (*Los oficiales lo afirman. Golofquin da la mano á Isabel, Demetrio á Eudoxia, y salen por la puerta del foro mientras Fernandez rodeado de los oficiales les muestra á Isabel y amenaza á Golofquin.*)

ACTO SEGUNDO.

Departamento del palacio de S. Petersburgo con puerta al foro y á los dos lados. A la izquierda un harpa y á la derecha una mesa con recado de escribir.

ESCENA I.

CATALINA, *sola con un papel de música estudiando.*

Catalina. (*Despues de haber cantado un poco.*) Es imposible que yo aprenda esto. (*Lee la letra.*) No hay remedio: mi ama la condesa canta con la princesa y quiere que yo tambien cante. (*Solfeando.*) Está muy bajo. (*Otra vez.*) Está muy alto. (*Canta la cancion y arroja el papel en seguida.*) ¡Qué música tan fastidiosa! Yo no puedo aprender estos gorgoritos. Quien me quita la tonada de mi pueblo á cuyo son bailabamos las fiestas Estrolof y yo.... Aquello si que lo canto sin dificultad porque aquello me gusta, y.... porque me acompañaba mi bien amado al volver de la labor. (*Una cancion de aldea con un estribillo que pueda luego acompañar Estrolof. Al segundo estribillo acompaña desde afuera Estrolof y dice Catalina.*) ¡Esta voz! (*Corre á la ventana.*) ¡Dios mio, Estrolof aqui! (*Canta muy alegre la última copla y acompaña Estrolof desde afuera y en seguida entra Fernandez.*)

ESCENA II.

CATALINA. FERNANDEZ.

Catalina. Gente viene: ¿quién será?.. (*Separándose de la ventana.*) Ah, es el médico de la princesa.
Fernandez. ¿Qué es eso, hija, qué tienes?

Catalina. Nada, señor doctor, un poco desvanecida la cabeza.

Fernandez. Para eso estoy yo aqui. En efecto, en los ojos conozco que no estás buena.

Catalina. ¡Lo que sabe! (*Aparte.*)

Fernandez. Amor contrariado que llamamos en medicina. El novio era un primo, un pobre mozo que iba á casarse al contado.

Catalina. ¿Pues en qué lo conoceis?

Fernandez. ¡Y si no fuera mas que eso! Se llama Estrolof.

Catalina. Si por cierto: vasallo del señor conde que debe estar bien lejos de aqui.

Fernandez. No por cierto: yo le veo ahora en S. Petersburgo.

Catalina. ¡Ay Jesus qué médico! todo lo sabe.... Pero por Dios no lo digais! Al pobrecito le han castigado tantas veces por mí! Pero vuestro gran saber me asusta, porque tal vez....

Fernandez. No tienes por que temer. Estrolof es ya mi fiel criado y mi amigo. Tengo pensado casarle. (*Catalina manifiesta su enfado con un gesto.*) No hay que enfadarse porque la que yo le destino está ahora hablando conmigo. ¿Qué tal? ¿Apruebas la boda? Parece que la receta del médico alivia pronto á la enferma.

Catalina. ¿Pues no quereis que me alegre si nos queremos tanto? ¿Y qué podré yo hacer para pagar tanto favor?

Fernandez. Obedecerme en todo y ayudarme en lo que te mande.

Catalina. ¿Lo quiere asi Estrolof?

Fernandez. El es quien te lo manda. Tienes que observar todo lo que pasa en casa, y contarmelo luego sin miedo ni reserva; porque al médico no se le ha de callar nada.

Catalina. No, señor, si ya no tengo miedo. Vos me inspirais ya una confianza! Es cosa particular; ya se me ha quitado todo el miedo.

Fernandez. En horabuena, ya estás en mi servicio. Empecemos desde luego: ha salido Golofquin esta mañana?

Catalina. No, señor.
Fernandez. Con que está aqui?
Catalina. Allá en la sala con su señora y con la princesa.
Fernandez. Con su muger! Tiene celos de ella?
Catalina. No, señor.
Fernandez. Lo siento; porque eso le ocuparia. (*Aparte.*) Y qué decian los tres? de qué hablaban? (*Alto.*)
Catalina. De la fiesta de esta noche en el jardin de palacio.
Fernandez. Y qué mas?
Catalina. Decian que asistiria la regente y toda la corte.
Fernandez. Y qué mas?
Catalina. Que habrá concierto; y despues baile; y hablaron mucho y muy acolorados sobre el trage que deberian llevar las dos señoras. Mi ama queria ir de aldeana francesa, y la princesa de pastora rusa.
Fernandez. O frivolidad de mugeres! Eso es en lo que piensa en estos momentos! (*Aparte.*)
Catalina. Ah! y habia alli un oficial joven, por mas señas que es muy guapo, que ofreció hacer los dibujos de los trages.... Se llama.... Demetrio.
Fernandez. Tambien él! Y tales hombres se meten á conspirar! (*Alto á Catalina.*) Mira, vé á la princesa y dila que tengo que decirla sobre la funcion de esta noche.
Catalina. Ay! yo no me atrevo; porque estan ensayando los papeles de música.... Yo tambien.... qué fastidio!... Si quisierais ensayarme....
Fernandez. Si, para eso estoy yo ahora. (*Aparte.*) Músicas y conciertos cuando esponemos la vida por ella! Cuando todo se presenta bien; y cuando quizá esta misma noche va á correr sangre.... Y los conjurados que se empeñan en hablarla, ó cuando menos en ver un papel firmado de su mano.... he prometido hacerla firmar la proclama; ¿pero de qué modo?...
Catalina. Ay! mirad la princesa.
Fernandez. Oh qué fortuna! pero no viene sola.

ESCENA III.

FERNANDEZ. CATALINA. ISABEL *y* EUDOXIA *con un papel de música y disputando.* GOLOFQUIN *entra detras.*

Isabel. No, hija, es un sol trinado.

Eudoxia. No, señora, es *sol* natural: asi está escrito.

Isabel. Sí, pero se han equivocado. No es verdad, Golofquin?

Golofquin. Pues quien lo duda. (*Aparte.*) Y que temiésemos nosotros á esta muger!

Fernandez. Tengo que hablaros. (*A Isabel.*)

Isabel. Ahora no puedo. Es mucho lo que tenemos hoy que hacer: esta noche baile, concierto; y luego esta pieza concertante que tenemos que cantar Eudoxia y yo, y todavia no la sabemos.

Fernandez. Os vuelvo á suplicar.... (*Se ha acercado á Isabel.*) el negocio importa mucho.

Isabel. Dejemos los negocios para despues: ahora la funcion que está preparada y nada mas.

Fernandez. Pero, señora, considerad....

Isabel. No considero mas que la pieza concertante: es un cuarteto.

Fernandez. Y si no sois mas que très.

Isabel. Y es verdad.... pero vos cantais algo, no es así?

Fernandez. No, por cierto. (*Impaciente.*)

Isabel. Si teneis tanto talento, que es imposible que ignoreis nada.

Golofquin. No os podeis escusar. (*Riéndose.*)

Fernandez. Pero asi de pronto y sin ningun estudio....

Isabel. Y qué importa eso para un doctor! Cuántas veces habreis acertado sin pensar!

Fernandez. Pero, señora....

Isabel. No hay recurso. Ahí teneis vuestra parte. (*Dándole un papel.*) O la estúdiais para el ensayo, ó no escucho una palabra. (*A Eudoxia y á Catalina. Golofquin acerca un sillon á Isabel: Fernandez en pie á su izquierda y Eudoxia á su derecha: Catalina sobre un cojin á los pies de la princesa, y

Golofquin á la izquierda del teatro contemplan el grupo. La cancion de la primera escena de este acto cantada á cuatro por los tres y Fernandez.)

Golofquin. Bravo, bravo, divino!

Las tres. Bravo, doctor, bravo! (*Aplaudiendo.*)

Fernandez. Habrá desesperacion!... (*Aparte.*)

Isabel. Ahora, doctor, estoy á vuestra disposicion y aun tengo yo misma que consultaros.

Fernandez. De veras? (*Con interes.*)

Isabel. Sí, acerca de los trages. El capitan Demetrio va á traernos los dibujos; y quiero que deis vuestro parecer.

Fernandez. Yo, señora!

Isabel. Vos sois un escelente consejero.... es decir, no siempre; ¿verdad Golofquin?

Golofquin. Sin duda. Me dispensareis, señora, que acuda al consejo porque me ha llamado la regente.

Eudoxia. Y yo, si me lo permite vuestra alteza, voy á preparar mi prendido.

Isabel. Bien: con que me dejais sola? Ya me teneis doctor, á vuestra disposicion.

Fernandez. Porque no teneis otro remedio: gracias por la preferencia. (*Se ha sentado poco antes junto á la mesa.*) Ponte de centinela y avísame cuando salga Golofquin del consejo. (*Bajo á Catalina.*)

Catalina. Está muy bien.

Isabel. Adios, señor conde; (*A Golofquin.*) adios, Eudoxia, hasta la noche. (*Golofquin se va por el foro: Eudoxia y Catalina por la izquierda.*)

ESCENA IV.

FERNANDEZ, *dibujando con la pluma*: ISABEL, *despues de despedirse Eudoxia vuelve y se acerca á Fernandez.*

Isabel. Mucho tiempo hace que no tenia yo una mañana tan ocupada: tantos negocios á la vez me abruman. Sin duda por eso recelais que me ponga mala y quereis.... Pero qué es esto? estais dibujando?

Fernandez. Mientras se me daba audiencia.

Isabel. Me parece bien lo que veo por este lado: (*Mí-

rando por detras á Fernandez.) un trono muy bonito.... y por este otro.... ah! qué horror! un cadalso! (*Gritando.*)

Fernandez. Pues ahí teneis; (*Presentando con indiferencia el papel.*) escoged, porque ya no os queda otra alternativa: lo uno ó lo otro.

Isabel. Qué quiere decir eso? (*Aterrada.*) Por qué lo decis?

Fernandez. Que sin hacer caso de una negativa que nos hubiera perdido á todos, he obrado en nombre vuestro, he reunido y armado á vuestros amigos.... Siempre en vuestro nombre, porque les he respondido de vuestro asentimiento.

Isabel. Sin autorizacion mia! contra mi voluntad!

Fernandez. Conté siempre con que la dariais cuando os noticiase que ha llegado el momento de saber que es cierta, infalible vuestra ruina. Sabed que hace algun tiempo se vigilan todas vuestras acciones; y que yo mismo estoy colocado cerca de vos para espiar vuestras intenciones y comunicarlas á vuestros enemigos. Por último; que hoy mismo, en ese consejo, para donde se ha despedido Golofquin, se va á decidir vuestra eterna prision ó vuestra muerte.

Isabel. Pero cuando yo pruebe que no soy culpable....

Fernandez. Sí lo sois.

Isabel. En qué?

Fernandez. En los derechos que teneis al trono: ese es el crimen que no se os perdona y de que quieren castigaros; y yo haria lo mismo en su lugar. Sí; os condenarán, hayais ó no tomado parte en nuestro glorioso proyecto. Ya veis que nada arriesgais en conspirar: al contrario....

Isabel. Yo conspirar! juramentos horribles, angustias, sangre derramada quizás, y por causa mia.... Oh! no, no quiero de ningun modo. Ayer leia la historia de Maria Estuard; y figuraos, doctor, la carcel, los jueces, la sentencia.... oh, qué horror! Porque, desengañaos, doctor; asi acaban todas las conspiraciones.

Fernandez. Cuando no se triunfa; pero nosotros triunfaremos. Nunca ha habido mejor ocasion: el pue-

blo está cansado de la regencia y de verse gobernado en nombre de un niño. Murmura casi en público y pronuncia vuestro nombre. El regimiento de Novogorod está por vos, y no aguarda para dar él grito mas que una orden, una proclama de Isabel.—Sosegaos, (*Ella hace un gesto.*) que ya la traigo yo aqui estendida; no teneis mas que firmar. Quedan ahora los granaderos de Prebayensqui; y esta noche vamos á su cuartel: alli es menester que os presenteis... yo les hablaré: «ved aqui, les diré, á la hija de Pedro el Grande» y ellos responderán «viva la emperatriz;» y mañana se sienta vuestra magestad en el trono. Firmad, pues. (*Le presenta el papel.*)

Isabel. No, mil veces no; porque aunque triunfaseis, no aceptaria yo el trono: tengo otros planes, otros deseos.... uno principalmente que llena mi corazon y bastaria para hacerme feliz. Pero es un secreto que queria yo guardar de todos, incluso vos mi confidente y mas fiel amigo ... pero pues es fuerza decirlo.... sabed que hay uno en el mundo á quien yo prefiero sobre todos los de la tierra.... que.... amo.

Fernandez. Adios!

Isabel. Maldecia yo la clase que nos separa y cuando mi conato era descender hasta la suya, me proponeis subir al trono!

Fernandez. Quién habia de prever esta salida? (*Aparte.*) Y conoce él vuestro amor? (*Alto.*)

Isabel. Ni le sospecha siquiera. Sin necesidad de que lo sepa es para mí tantó placer verlo y amarlo! Por eso ha sido mi viage tan de repente para llegar á S. Petersburgo, que á todos ha engañado incluso á vos.... para verlo.

Fernandez. Qué es lo que decis?

Isabel. Silencio!

ESCENA V.

DICHOS. DEMETRIO.

Fernandez. (*Examinando la cara de Isabel.*) Se ha turbado! Observémosla.

Demetrio. (*Con unos papeles.*) Os ofrezco, señora, estos dibujos.

Isabel. (*Procurando ocultar á Fernandez su turbacion.*) De los vestidos?... Vos los habeis hecho?

Demetrio. Para vuestra alteza.

Isabel. Está bien; ¿pero esos otros...

Demetrio. Son para la señora de Golofquin, á quien paso á entregarlos. (*Aparte.*) Oh, qué placer!..

Isabel. Es bonito este vestido de pastora. Qué os parece, doctor?

Fernandez. Si os gusta, me parece bien.

Isabel. Y pensais que me sentará?

Demetrio. Yo creo que vuestra alteza estará con él mas hermosa, si es posible.

Isabel. De veras? Pues bien, me quedo con él.

Demetrio. Ahora me disimulareis que.... porque me estan aguardando....

Isabel. Sí, sí: id á lo que tengais que hacer: yo os lo ruego.

ESCENA VI.

ISABEL. FERNANDEZ.

Fernandez. De dónde nace esa agitacion? Está indispuesta vuestra alteza?

Isabel. No por cierto, no tengo nada. Pero aunque tuviera, os parece que la conversacion que hemos tenido hace poco....

Fernandez. Os conmovió mucho menos que el sugeto que ha venido á interrumpirla.

Isabel. Por qué lo decís?

Fernandez. (*Despues de mirar al rededor.*) Porque ese es el que amais.

Isabel. (*Asustada.*) Callad! (*A media voz.*) Pues bien, sí; por qué ocultarlo mas tiempo? qué teneis que echarle en cara?

Fernandez. Yo? nada en verdad. Es valiente; elegante, buen mozo, de talento; y sobre todo, es uno de los gefes de nuestra conspiracion.

Isabel. Quién, Demetrio?

Fernandez. Sí, señora. No ha dudado un instante en arriesgar su porvenir, su fortuna y su vida por colocar á Isabel en el trono de sus mayores. Bien es verdad que á él teneis menos que agradecerle; porque lo que nosotros hacemos por patriotismo, él lo hace por amor á vuestra persona. Si se espone es por su querida.

Isabel. (*Muy alegre.*) Pero es verdad eso? Ah no me engañeis por Dios.

Fernandez. Como que me lo ha dicho él mismo... Ayer estaba furioso y queria matar en el acto á Golofquin porque lo alejaba de S. Petersburgo. En una palabra, él no conspira mas que por veros y por no separarse de vos.

Isabel. Doctor, qué dichosa soy!

Fernandez. Pues bien, lo que hace él por vos dejareis vos de hacerlo? Sereis menos generosa? le dejareis solo cuando no se espone ni combate mas que por vuestros derechos?

Isabel. Oh, no, de ningun modo: ya no dudo. Cualquiera que sea el peligro lo partiré con él... lo haré por él, no por el trono.

Fernandez. (*Aparte.*) Como la cosa se haga... (*Alto.*) Pues no teneis mas que firmar esta proclama.

Isabel. (*Cogiéndola con resolucion.*) Sí, venga la firmaré... pero... Estais seguro de que me ama? Si me engañáseis ó si os engañáseis... (*Vacilando.*) porque á mí nunca me ha dado á entender....

Fernandez. Pues os lo dirá, ya lo creo! lo que él está deseando... yo os lo aseguro; y entonces...

Isabel. Entonces pongo en vuestras manos mi suerte... firmo esta proclama y me pongo á vuestra cabeza... A su lado á la muerte!

Fernandez. A la gloria!

Isabel. (*A media voz.*) A Dios, Fernandez.

Fernandez. (*Quitándose el sombrero.*) A Dios, emperatriz. (*Isabel sale por el foro.*)

ESCENA VII.

FERNANDEZ, *solo.*

Lo que son las mugeres! Un ligero amor ha podido mas que los grandes intereses del estado. Bien digo yo: no hay como el amor para mover una intriga de esta clase. Dentro de algunos minutos habrá firmado esta proclama que es lo único que se aguarda para obrar.

ESCENA VIII.

FERNANDEZ.—DEMETRIO, *que sale por la izquierda.*

Fernandez. O destino de los imperios! De este atolondrado y de su amor depende hoy la suerte de la Rusia y la nuestra. En que pensará ahora?

Demetrio. Negarse á verme cuando su marido está ausente! No querer recibirme! Vamos, está visto: esta muger me desprecia, y no me queda mas recurso que morir.

Fernandez. Hola, capitan.

Demetrio. Oh! erais vos, doctor?

Fernandez. En qué diablos estais pensando?

Demetrio. En morir. La suerte os envia sin duda...

Fernandez. Para curaros y haceros feliz. Supongo que seguis enamorado?

Demetrio. (*Con despecho.*) Sí por cierto; y en verdad que no debiera estarlo.

Fernandez. No tal, que haceis muy bien, y esa constancia os hace mucho honor.

Demetrio. Sí, buen honor y gran provecho para el que ama sin esperanza.

Fernandez. Y si la hubiese? Si la dama, á pesar de su alta clase, os correspondiese en secreto?

Demetrio. (*Colgándosele al cuello.*) Doctor, qué decis? Será posible? Mi sangre, mi sangre toda es vuestra. Pero quién lo ha dicho? qué prueba ó qué testigo?

Fernandez. (*En voz baja.*) Me lo ha confesado á mi mismo.

Demetrio. A vos! y conmigo tan fria, tan indiferente... Sin duda temia...

Fernandez. Y con razon; pues qué, no debe temer una muger en su posicion? Vos la acusais de indiferencia mientras ella aguarda tambien las pruebas de vuestro cariño.

Demetrio. Pues decid lo que he de hacer: todo me será posible siendo amado de Eudoxia.

Fernandez. (*Admirado.*) Cómo? qué habeis dicho? qué nombre es ese?

Demetrio. Eudoxia, la esposa de Golofquin... pero qué es lo que os ha dado, doctor?

Fernandez. Nada, nada. (*Aparte.*) Qué va á ser de nosotros!

Demetrio. Qué ¿os habeis puesto malo? necesitais médico?

Fernandez. (*Disimulando.*) No por cierto; no hagais caso de esto. Hablábamos de vuestro amor y deciais que estais enamorado de la señora de Golofquin. (*Procurando sonreirse.*)

Demetrio. (*Alzando la voz.*) Desde mi infancia: nunca he amado, jamas amaré á otra.

Fernandez. (*Asustado.*) Chit... silencio! No hay que decirlo, y mucho menos aqui.

Demetrio. Teneis razon: por causa del marido. A pesar de que ya, supuesto que me ama y que os lo ha dicho, me burlo de él... Si pudiera yo encontrar una ocasion de hablarla á solas!

Fernandez. (*Apresurado.*) No hay que pensar en eso.

Demetrio. Pues por qué no? No decís que exige pruebas... pues qué pruebas?..

Fernandez. (*Cortado.*) A eso voy. Cuando ella me lo dijo, es decir, cuando me lo confesó á mí; y aun me autorizó... sí, me permitió que os lo dijese... me parece que tiene derecho á contar con vuestra prudencia.

Demetrio. Pues es claro: mi vida entera es de ella.

Fernandez. Pues bien, para tranquilizarla es menester escribirla una carta.

Demetrio. Con sangre de mis venas la escribiria yo si fuese necesario. (*Se pone á escribir en la mesa.*) Mi adorada Eudoxia.

Fernandez. Estais loco? Poner su nombre en una carta de esa especie!

Demetrio. Es verdad, teneis razon. (*Rompiéndola y escribiendo otra.*) Os juro, condesa de Golofquin...

Fernandez. Peor que peor.

Demetrio. Dios mio, si acertaré yo hoy? Mejor es que me dicteis, y yo escribiré.

Fernandez. (*Dictando.*) «Señora: acabo de ver al doctor, y su amistad me ha descubierto un secreto que yo no puedo pagar sino con mi sangre y mi amor. Hablad, disponed de mí como soberana... hé aqui mi único deseo. Obediencia y fidelidad.»—Demetrio.

Demetrio. Nada mas?

Fernandez. No, porque creo que con esto quedará satisfecha! y que por ahora no se necesita mas.

Demetrio. (*Aparte.*) Para ella; mas para mí se necesita una entrevista.

Fernandez. (*Volviéndose y viendo á Catalina.*) Oh, aqui está Catalina.

Demetrio. (*Mientras Fernandez va á buscarla escribe y dice.*) «Post-data. Oidme una vez, si no muero.»

Fernandez. (*A Catalina.*) Qué tenemos?

Catalina. Que el señor de Golofquin sale del consejo y vendrá aqui al instante.

Fernandez. Está bien. (*A Demetrio.*) Pronto, cerrad ese billete y venga sin sobre.

Demetrio. Se entiende. Si pensareis que soy algun atolondrado. (*A Catalina.*) Toma, hija, esta carta á... Dios mio, Golofquin!

ESCENA IX.

DICHOS. GOLOFQUIN.

Golofquin. (*Se interpone entre Demetrio y Catalina.*) Una carta? Para quién es?

Demetrio. No me es posible decirlo á vuestra señoria; porque es un secreto. Dirigios al doctor.

Golofquin. Perdonad mi indiscrecion. El doctor es por lo que veo vuestro confidente.

Demetrio. Sí por cierto, (*A Catalina.*) y él te dirá

lo que has de hacer de esa carta. (*Se acerca á Golofquin, y mientras tanto dice Fernandez á Catalina.*)

Fernandez. Corre á llevarla á la princesa Isabel, y silencio. Me entiendes?

Catalina. Sí señor.

Fernandez. Mira que de este recado depende tu boda. (*Catalina se va por el foro y Golofquin se acerca á Fernandez mientras que Demetrio repasa un cuaderno de grabados.*)

Golofquin. (*Bajo á Fernandez.*) Con que este tronera os ha hecho la confianza de...

Fernandez. De un secreto que en verdad no queria yo saber.

Golofquin. (*Bajo.*) Pues para quién es la carta?

Fernandez. (*Vacilando.*) Me parece que...

Golofquin. (*Con severidad.*) Pronto, yo lo mando.

Fernandez. Bajad la voz: para vuestra esposa.

Golofquin. (*Admirado.*) Otra traicion!

Fernandez. (*Aparte.*) Esto es lo que nos conviene, porque mientras le ocupen los celos nos dejará trabajar á nosotros.

Golofquin. (*Aparte.*) Qué perfidia! Pero con prudencia y reserva yo sabré castigar...

Demetrio. (*Aparte.*) Qué feliz soy! Pronto se cumplirán todos mis deseos.

ESCENA X.

DICHOS. ESTROLOF, *que habla á* FERNANDEZ *en voz baja mientras los dos apartes de Demetrio y Golofquin.*

Estrolof. Vengo á buscar el papel que me mandó mi amo.

Fernandez. Cuando yo le tenga te le daré.

Estrolof. Debeis apresuraros cuanto sea posible, porque no falta ya quien murmure y aun desconfie de vos.

Fernandez. Pronto verán si los engaño.

ESCENA XI.

DICHOS. ISABEL. EUDOXIA *y* CATALINA *que salen por la izquierda con un papel de música cada una.*

Demetrio. (*Alegre viendo á Eudoxia.*) Cielos, Eudoxia!

Golofquin. (*A su muger conteniendo la ira.*) Cómo volveis tan pronto, señora?

Eudoxia Porque nos han convidado á pasar al cuarto de la regente, al ensayo á grande orquesta.

Isabel. Y es preciso ir.

Demetrio. (*Mirando á Eudoxia con intencion.*) Porque para no desafinar es forzoso concertarse antes.

Golofquin. (*Observando á Demetrio y su muger.*) Reflexion atinada y oportuna.

Isabel. (*Entretanto bajo á Fernandez.*) He recibido su carta y aqui teneis la proclama firmada.

Fernandez. (*Tomándola con alegria.*) Ya está en mi poder. (*Aparte.*) Todo camina bien.

Demetrio. (*Mirando á Eudoxia que baja los ojos.*) Huye de mis miradas!

Golofquin. (*Que no ha hecho mas que observar á su muger y Demetrio.*) Ya no me queda duda.

Fernandez. (*Se acerca á Isabel que no deja de mirar á Demetrio, y la dice en voz baja.*) Reportaos, señora, que os perdeis y nos perdemos. Guardaos principalmente de hablarle.

Isabel. Y por qué?

Fernandez. Porque Golofquin lo mira y observa todo.

Isabel. (*Mostrando la carta.*) Pues esta noche lo he de admitir á la cita que me pide.

Golofquin. (*A Catalina.*) Tengo que mandarte sin que lo sepa tu señora.

Catalina. (*Admirada.*) A mí, señor?

Golofquin. Sí; y de cosa en que te irá la vida.

Fernandez. (*Al otro lado tambien bajo á Estrolof.*) Vuela á llevarles este documento en fé de la palabra de la princesa.

Isabel. (*A Eudoxia.*) No nos hagamos esperar. (*Mira

á Demetrio.) Marchemos al ensayo. *(Las tres mugeres se van por el foro; Golofquin las sigue, pero antes dirige una mirada á Demetrio, el cual en medio del teatro mira embebecido á Eudoxia. A la izquierda aprieta Fernandez la mano de Estrolof y le repite la orden para los conjurados. Cae el telon.)*

ACTO TERCERO.

El teatro representa un salon de baile magnífico: en el foro una puerta y ventanas: á derecha é izquierda dos puertas de gabinetes que dan vista al espectador; el de la derecha tiene otra puerta que da á un jardin: sillas, banquetas y sofás elegantes, &c.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA. FERNANDEZ, *entrando por el foro.*

Catalina. Ah, señor doctor, cuánto me alegro de encontraros.

Fernandez. Habla pronto, que estoy deprisa. (*Aparte.*) La proclama ha reanimado el espíritu de los nuestros. El éxito es ya seguro. (*A Catalina que se adelanta.*) Vamos á ver, qué hay?

Catalina. Que al salir de casa de la regente, donde hemos estado á hacer el ensayo general para la funcion de esta noche, me dijo mi amo el conde Golofquin en voz baja «acude al jardin al instante, que allá voy yo.»

Fernandez. Y qué te querrá? Ah, ya caigo: tal vez la carta de esta mañana... En ese caso no hay que nombrarme á mí, antes al contrario sostener que... (*Llaman á la puerta de la derecha.*)

Catalina. Silencio, que ya está ahí: idos por Dios, que yo os contaré lo que me diga.

Fernandez. No, mejor es que yo lo oiga. (*Mientras Catalina va á abrir la puerta de la derecha Fernandez se esconde en el gabinete de la izquierda.*) Desde aqui no se me escapará nada; y en cerrando por dentro... (*Lo hace.*)

ESCENA II.

CATALINA. GOLOFQUIN, *que sale por el gabinete de la derecha que tiene puerta al jardin.*

Golofquin. Has estado puntual: bien! cierra aquella puerta. (*La del foro y Catalina lo hace.*) Cierra aquella otra.

Catalina. (*Empujándola.*) Señor, está cerrada por dentro.

Golofquin. No importa, ciérrala tambien por fuera. (*Lo hace.*) Ven acá ahora.

Catalina. Dios mio! èstoy temblando como una azogada.

Golofquin. Cuenta con decirme la verdad sobre lo que te voy á preguntar, porque sino merecerás castigo, y te daré el mas severo.

Catalina. Señor, yo soy vuestra esclava y estoy obligada á deciros la verdad.

Golofquin. Díme pues, qué te dijo tu señora cuando la entregaste la carta que la has entregado hoy?

Catalina. Qué carta, señor?

Golofquin. Una carta de amores de un oficial, que te dió para que se la entregases.

Catalina. A mí? No señor.

Golofquin. Impostora! Mientes.

Catalina. No señor, es la pura verdad.

Golofquin. Con que no era para ella la carta?

Catalina. No señor, yo os lo juro por S. Nicolas, patrono de Rusia.

Golofquin. Pues para quién era la carta? á quién la has entregado tú?

Catalina. (*Temblando.*) Yo no sé...

Golofquin. (*Con tono amenazador.*) A quién?

Catalina. (*Aparte.*) Dios mio! qué diré?

Golofquin. Responde inmediatamente.

Catalina. Si no puedo, señor.

Golofquin. Recuerda la pena señalada á una esclava que resiste á las órdenes de su señor: se la castiga hasta que muere.

Catalina. (*Temblando.*) Señor, señor, perdon, que me muero de miedo.

Golofquin. Maldicion al temerario que desobedece mis órdenes. Al instante: respondes? (*Llamando.*) Hola. (*Salen dos esclavos y les dice señalándoles á Catalina.*) Cogedla y atadla.

Catalina. (*Horrorizada y dando un grito.*) Señor!

Golofquin. Que muera, y dadme luego parte.

Catalina. Señor, señor, por Dios! Aqui abrazo vuestras rodillas. (*A los pies de Golofquin.*)

Golofquin. Pues habla, sino ya está mandado tu suplicio.

Catalina. Sí señor, yo lo diré todo. Y el doctor! (*Aparte.*) Pero yo me muero de miedo y no puedo cumplir la palabra.

Golofquin. Vamos, para quién era la carta?

Catalina. Señor, era para la princesa Isabel, yo os lo juro.

Golofquin. (*Admirado.*) Para la princesa! Y quién te la dió?

Catalina. Ay, Dios mio!

Golofquin. (*Haciendo un gesto á los esclavos.*) Si no respondes...

Catalina. (*Con viveza.*) El doctor, señor, el doctor.

Golofquin. Y él mismo me ha dicho que era para mi muger. A que venia esa mentira? Está visto, uno de los dos me engaña.

Catalina. Pues yo no soy, señor: os lo juro por mi salud: yo os digo la verdad.

Golofquin. Y si no la dijeras... (*Laman á la puerta del foro. Golofquin hace seña á los esclavos que se van por la derecha, y dice á Catalina.*) Alli llaman, responde.

Catalina. (*Con voz trémula.*) Quién llama?

Demetrio. (*Desde fuera.*) Yo, el capitan Demetrio.

Catalina. Es el joven capitan aquel?...

Golofquin. (*Señalando al gabinete de la derecha.*) Tal vez una cita... Desde alli podré oir... Cuidado con decir que estoy alli. (*A Catalina.*)

Catalina. (*Temblando.*) Nada, señor, nada: yo haré todo lo que me mandeis.

Golofquin. Pues ábrele y ya sabes tu deber. La suerte le envia aqui para descubrir este enredo. (*Aparte. Se entra.*)

Catalina. Yo bien quisiera advertirle... pero qué! imposible! no tengo valor para nada. (*Catalina abre y vuelve á colocarse cerca del gabinete de la derecha.*)

ESCENA III.

DEMETRIO, CATALINA, FERNANDEZ, *encerrado á la izquierda*, Y GOLOFQUIN *encerrado á la derecha.*

Demetrio. (*Entra apresurado.*) Gracias á Dios que abren... ¡y es ella! mas no, que es Catalina: qué haces tú aqui?

Catalina. (*Cortada fingiendo serenidad.*) Aqui... Por distraerme...

Demetrio. Pues vete que me estorbas. Cuando estoy esperando á su señora no es regular que... porque va á venir: aqui me lo ha escrito. (*Leyendo.*) «En la sala que está contigua al pórtico.» Que es aqui. Vamos, qué haces ahí? no te he dicho que te vayas? (*Mirando á Catalina, que permanece inmovil, trémula y cosida á la puerta del gabinete de la derecha.*)

Catalina. (*Bajo á Golofquin.*) Me voy, señor?

Golofquin. (*Responde tambien á media voz desde el gabinete.*) Sí...

Catalina. (*Alegre.*) Pues no queria yo otra cosa. (*Al irse hace señas á Demetrio desde la puerta del foro, indicándole que hay uno escondido en el gabinete y que se calle.*)

Demetrio. Qué diablos de gestos son esos? estás ensayando todavia la tragedia?

Catalina. Si él no comprende, qué culpa tengo yo? (*Yéndose.*)

ESCENA IV.

DEMETRIO, *despues* ISABEL Y GOLOFQUIN *en el gabinete.*

Demetrio. La suerte se ha cansado al fin de serme contraria. Que impaciente estoy en esta primera entrevista: quisiera que me descontasen de la vida

el tiempo que ha de tardar mi querida Eudoxia... pero ya viene: ya abren la puerta... ella es sin duda... Cielos, que es la princesa! qué podrá traerla á este sitio, precisamente ahora que...

Isabel. El menor ruido me asusta... á qué estremos conduce el amor! (*Asomándose á la puerta.*) Ay, ya le veo! (*Viendo á Demetrio.*) Todos mis temores desaparecen á su vista, y solo veo la esperanza de ser suya.

Demetrio. Contratiempo mayor! Una vez que podia hablarla...

Isabel. Estoy tan turbada que no acierto á espresar mi satisfaccion. (*Acercándose.*) Demetrio, hace tiempo que deseaba hablaros.

Demetrio. (*Inclinándose.*) Señora, un honor tan grande...

Isabel. (*Aparte.*) Apenas puedo tenerme en pie. (*Alto.*) Sentémonos.

Demetrio. Ya no me queda esperanza.

Golofquin. (*Desde el gabinete.*) Qué irá á decirle? escuchemos.

Demetrio. Se queda, no hay remedio! y el momento de la cita se acerca: al menor ruido me parece oir sus pasos; y aqui esta señora sin dar señales de marcharse!

Isabel. (*Aparte.*) Cuánto me interesa su turbacion y el respeto que le impide declararse! Yo tambien estoy indecisa; pero pues que insiste en callar, fuerza será que yo empiece. (*Alto.*)En primer lugar debo daros gracias por el ardor con que estais dispuesto á esponer la vida en mi servicio, corriendo los peligros de mi suerte.

Demetrio. Sí, señora, puedo responderos de mí y de mis soldados.

Golofquin. Qué escucho!

Demetrio. Ardiendo en deseos de mostraros su lealtad no aguardan mas que la señal del alzamiento.

Golofquin. Conspiracion! Escuchemos.

Isabel. Todo me lo ha dicho Fernandez.

Golofquin. El tambien. ¡Ah, traidor!

Isabel. (*Con intencion.*) Y pretende que es mucha vuestra fidelidad.

Demetrio. (*Con entusiasmo.*) Bien pronto podreis conocerla: esta misma noche.

Isabel. Esta noche!

Golofquin. Esta noche!

Demetrio. Sí señora, ya está acordado el plan: todos los principales gefes, el doctor, yo y otros bravos debemos ir á las doce de la noche al cuartel de Prebayensqui, y arengar alli á los soldados, que ya estan por nosotros. En seguida marcharemos á su cabeza y nos apoderaremos por sorpresa de la regente, de Munic, y sobre todo de Golofquin. (*Con el mismo entusiasmo y precipitacion.*)

Golofquin. Mil gracias. Oh, podeis estar seguros de que Golofquin os prepara la recompensa!

Demetrio. (*Levantándose.*) Si era eso lo que deseabais saber....

Isabel. (*Reteniéndole.*) No, aun tengo que deciros.

Demetrio. (*Aparte.*) Ya no hay esperanza: habrá desgracia como la mia?

Isabel. Quiero tambien saber...

Demetrio. (*Con mucha viveza.*) Hablad por Dios pronto, yo os lo suplico.

Isabel. Dicen... Fernandez lo asegura, que si os prestais á esos arriesgados planes de conspiracion, no es la ambicion la que os mueve, sino el amor; vuestra ternura por...

Demetrio. Qué poca reserva del doctor! Hablar de esas cosas á V. A!

Isabel. (*Mirándole con ternura.*) Os ha hecho una traicion, no es verdad?

Demetrio. (*Con resolucion.*) Pues bien, si os lo ha dicho asi, si sabeis ya por quien suspira mi corazon, si estais instruida de mis amores y de mis proyectos, de qué me serviria fingir? Os lo diré todo: la muger á quien amo y á quien estaba aqui aguardando es... (*En este momento llama con fuerza Fernandez á la puerta del gabinete de la izquier- y Demetrio é Isabel callan sorprendidos.*)

Isabel. Silencio!

Demetrio. Somos perdidos!

Isabel. (*Señalando.*) Alli, á aquel lado.

Demetrio. (*Aparte y despues alto.*) Dios mio, si fue-

se ella! Sea quien quiera, evitad, señora, el que os vean aqui. Partid confiada en la fé de mi promesa.

Isabel. Teneis razon, debo retirarme: vivid seguro de que mi corazon sabe agradecer vuestros servicios, y cuidad de vuestra vida. (*Isabel se va por el foro y Golofquin por la puerta del jardin.*)

ESCENA V.

DEMETRIO. FERNANDEZ.

Demetrio. Gracias á Dios que me veo libre de ella! Y la pobre Eudoxia que habrá estado aquí aguardando! (*Señalando al gabinete de la izquierda, donde vuelven á llamar.*) Está impaciente y con razon: corramos á abrir. (*Lo hace y sale Fernandez.*) Oh, doctor! qué diablos haceis ahí?

Fernandez. (*Enfadado.*) Maldicion!... Eso es lo que debia yo preguntaros.

Demetrio. Venir á estorbar mi cita!

Fernandez. Venir á destruir todos nuestros proyectos, á denunciarnos, á perdernos!

Demetrio. Quién, yo? estais loco?

Fernandez. Motivo hay, en efecto, para perder el juicio. (*Señalando.*) Allí estaba y allí está quizá todavia. (*Se acerca llevando la mano á un puñal.*) No, ya se ha marchado.

Demetrio. Pero quién, hombre?

Fernandez. Golofquin, que ha estado oyendo vuestra conversacion.

Demetrio. (*Riendo.*) ¿De veras? Qué fortuna que no haya venido su muger! Y yo que lo sentia tanto! Hay un Dios que vigila por los amantes... Pero bien... y si se ha marchado, vaya con Dios; qué falta hace aquí?

Fernandez. Sí, pero ha marchado con nuestro secreto, que le habeis descubierto vos mismo. (*Desesperado.*)

Demetrio. Yo! pues cómo?

Fernandez. Porque ha debido oiros perfectamente desde ese gabinete, cuando yo no os he perdido una palabra desde aquel que estaba mas lejos... Y quien sabe! si yo no hubiera golpeado tan á tiempo

todavia lo hubierais echado mas á perder, diciendo á la princesa...

Demetrio. Que adoro á la muger de Golofquin, no es verdad? Y bien, eso qué importa?

Fernandez. (*Con enfado.*) Con que no importa?

Demetrio. Teneis razon, porque lo hubiera oido su marido: no me habia ocurrido. Teneis razon, doctor, soy un atolondrado; pero qué quereis? estos amores me vuelven el juicio. Decidme, decidme lo que he de hacer.

Fernandez. Nada absolutamente, nada: no os mezcleis en nada, eso es lo que os pido. Seguidme ahora, y veamos si queda algun modo de remediar este accidente. (*Se lleva á la fuerza á Demetrio, que mira al gabinete de la derecha.*)

Demetrio. Si está ahí, que la estoy viendo.

Fernandez. Pues por lo mismo. (*Se lo lleva.*)

ESCENA VI.

EUDOXIA, GOLOFQUIN, VOREF.

Golofquin. Lo veis? ese joven que se va con el médico por el jardin: el capitan Demetrio, del regimiento de Novogorod. (*A Voret.*)

Eudoxia. (*Aparte.*) Demetrio!

Golofquin. Quiero saber todos sus pasos y os lo encargo á vos.

Voret. (*Al oido.*) Y por qué no prenderlo desde luego?

Golofquin. Porque no conozco mas que á dos de los conspiradores; y aguardando hasta la noche los cogeré de un golpe á todos. Marchad y observad sin haceros sospechoso. (*Se va Voret.*)

Eudoxia. Pero qué ocurre que os trae tan inquieto? por qué privarme asi de concurrir al gran baile?

Golofquin. Ya he dicho á varias personas que estabais indispuesta, y es menester que lo esteis. Arregladlo todo al efecto.

Eudoxia. Pero bien, por qué? no puedo yo saber?...

Golofquin. Para alejaros del peligro. Esta noche ha de estallar una conspiracion durante el baile. (*Bajando la voz.*)

Eudoxia. Es posible!

Golofquin. Es indudable. El perfido Fernandez, á quien habia yo ganado, se ha vendido á los otros; el capitan Demetrio y otros á quienes conoceré esta noche, han de ir al cuartel de Prebayensqui para concitar á los soldados... que ya me eran á mí sospechosos... He mandado reemplazarlos con caballeros de la guardia que son de nuestra confianza. Pues... A media noche (*Paseándose.*) acudirán para arengar á la tropa... Se los deja entrar... se cierra luego la puerta... y luego... en un cuarto de hora ya no conspirará ninguno. (*Haciendo un gesto significativo.*)

Eudoxia. Yo desfallezco! tal vez hay entre ellos algun imprudente á quien no se deberia confundir con los provocadores, con los criminales. (*A Golofquin temblando.*)

Golofquin. Y para que van allí? No, yo os aseguro que de los que vayan al cuartel no escapará uno.

Eudoxia. Dios mio, cómo le salvaré? cómo impediria yo que fuese á ese malhadado cuartel sin comprometer el secreto de mi esposo?

ESCENA VII.

DICHOS Y CATALINA.

Catalina. Señora, todos vuestros adornos estan en el tocador y os estamos aguardando, porque ya es mas de la hora.

Eudoxia. No me aguardeis, porque no voy ya al baile.

Golofquin. (*A media voz.*) Bien, asi me gusta.

Eudoxia. Ven, Catalina, ven; en tí tengo mi esperanza. (*Se va con Catalina.*)

ESCENA VIII.

GOLOFQUIN, *despues* FERNANDEZ.

Golofquin. Ah, buen doctor; veremos si basta tu médicina á curarte de esta enfermedad. (*Volviéndose y viéndole llegar.*) Oh, doctor; precisamente preguntaba ahora por vos.

Fernandez. ¿De veras, señor? Procuremos descubrir si lo ha oido. (*Aparte.*)
Golofquin. Sí, porque mi muger está algo indispuesta.
Fernandez. Pues cuidado!
Golofquin. No; tranquilizaos, que ya está un poco mejor, aunque no en estado de ir al baile.
Fernandez. Pues entonces es cosa grave: corro á visitarla.
Golofquin. No, mañana cuando tengais un rato desocupado.
Fernandez. Mas por lo que toca á vos, tendremos el gusto de veros en la fiesta.
Golofquin. Sí por cierto; y qué pensais ¿estará brillante? (*Con intencion.*)
Fernandez. Oh, escelente. (*Con indiferencia.*)
Golofquin. Pensais divertiros mucho?
Fernandez. Sí, por cierto; y vos, señor?
Golofquin. Asi lo espero: á no ser que ocurrencias imprevistas me lo impidan.
Fernandez. No lo temo: yo creo que la fiesta será completa.
Golofquin. Yo creo lo mismo; pero decidme, (*Parándose.*) he observado al joven de esta mañana, y en efecto, creo que quiere á mi muger. (*Observándole muy de cerca.*)
Fernandez. Sí; pero yo nunca he dicho que la señora condesa..... (*Con viveza.*)
Golofquin. Lo sé; y aun he hecho otro descubrimiento. Sospecho que una señora, muy señora....
Fernandez. Está enamorada del joven: ya lo sabia yo.
Golofquin. Saberlo y no habérmelo dicho! Mañana hemos de hablar de eso. (*Como en confianza.*)
Fernandez. Si no sabrá nada? (*Aparte.*)
Golofquin. Cuando vengais á visitar á la condesa: por cierto que entonces os he de hacer yo otra consulta.
Fernandez. Pues ahora mismo. Permitidme.... (*Tomándole el pulso.*)
Golofquin. Tan pronto! (*Pausa.*) En estando yo en vuestras manos ya estoy tranquilo.
Fernandez. Qué pulsacion tan violenta! (*Aparte. Mira á Golofquin de hito en hito, Golofquin vuelve la*

cara y Fernandez dice sin soltar todavia el pulso.) Todo lo sabe! (*Alto y como con indiferencia.*) El pulso está bueno: un poco de plenitud.... ya os libraremos de todos esos achaques.

Golofquin. Pues podeis contar con mi agradecimiento aun mas de lo que os figurais.

Fernandez. Siempre he contado yo con él. Hasta la noche, señor conde.

Golofquin. Hasta la noche, doctor.

ESCENA IX.

FERNANDEZ, *solo.*

Sí, todo lo sabe: el pulso le ha vendido á pesar suyo. Pero me admira sin embargo que ya no haya hecho rodar mi cabeza.... Ciertamente es un descuido de que yo sabré aprovecharme, haciéndoselo pagar bien caro.... Ya no hay que pensar en ir al cuartel en donde nos aguarda sin duda este mostrenco.... Apoderarse del consejo de regencia y mejor del joven emperador.... pero el palacio está muy bien guardado... tomarlo á la fuerza, imposible... por maña, por astucia, eso ya es otra cosa.... pero cómo?... (*Paséase agitado y se acerca al proscenio.*)

ESCENA X.

FERNANDEZ, *y* CATALINA *que sale del gabinete de la derecha.*

Catalina. Dios mio, por mas que le busco no puedo dar con él!

Fernandez. Qué traerá esta por aqui?

Catalina. Ay, señor doctor! (*Gritando asustada.*)

Fernandez. No me buscabas tú á mí sin duda; verdad?

Catalina. No, por cierto: busco al señor Demetrio, porque tengo que decirle.

Fernandez. De tu parte?

Catalina. No, señor.

Fernandez. Pues de quién?

Catalina. Ay! no me lo pregunteis, por Dios, que he jurado no decirlo á nadie.

Fernandez. Y siempre que juras tú, guardas el juramento? (*Con ironia.*)

Catalina. Qué me quereis decir con eso?

Fernandez. Que lo sé todo: que aqui mismo no hace mucho tiempo has descubierto á Golofquin lo que yo te habia encargado callar, y tu traicion....

Catalina. (*Interrumpiéndole.*) No ha sido por traicion, sino por miedo, queria matarme!

Fernandez. Pues si yo cuento á Estrolof tu falta, seguramente te deja y nunca se casa contigo.

Catalina. Ay, de veras!

Fernandez. Y le diré ademas.... (*Dando un paso para irse.*)

Catalina. Por Dios, señor doctor, no se lo digais. (*Deteniéndole.*)

Fernandez. Concedido, con tal que me lo cuentes todo. Qué recado llevas para el capitan?

Catalina. Pero si no tiene que ver nada con vos.

Fernandez. No importa: tú buscabas á Demetrio.

Catalina. Sí, señor; pero no por mí.

Fernandez. Pues por quién?

Catalina. De parte de mi señora.

Fernandez. La condesa de Golofqnin?

Catalina. Si, señor.

Fernandez. Y para qué? con qué motivo? qué es lo que le quiere?

Catalina. Dejad que recuerde. Pues señor, yo entré repentinamente con la señora en el palacio imperial; ya sabeis que vive allí.

Fernandez. En palacio! Es verdad. (*Con viveza.*)

Catalina. Pues: entramos en su cuarto, y en lugar de vestirse para el baile, se paseaba inquieta, y de tiempo en tiempo esclamaba.....qué sé yo, palabras que yo no entendia.

Fernandez. Bien, adelante.

Catalina. Repitió muchas veces «cuartel Prebayensqui.»

Fernandez. Y despues?

Catalina. Desgraciado! Imprudente! Si va alli, es muerto. (*Imitándola.*)

Fernandez. Y despues?

Catalina. A las doce de la noche! A las doce de la

noche! Y cómo lo he de impedir yo? (*Sigue imitando á su señora.*) Si no fuera por el respeto que se debe á una señora como mi ama, diria que estaba loca. Despues se puso á escribir y en acabando me dice: »corre á llevar esta carta.» (*Natural.*)

Fernandez. Una carta. Dónde está?

Catalina. Qué! Si la rompió luego diciendo: «no, no: esto es comprometerme demasiado: mejor quiero, añadió, confiarlo á tu celo, á tu fidelidad.... y ya veis, doctor, de qué modo....

Fernandez. Pues, qué tonta, piensas que esto es faltar á la palabra: al médico y al confesor hay que decírselo todo. Pero vamos siguiendo: te encargó de decir al capitan Demetrio....

Catalina. Que la señora tiene que pedirle un favor muy grande, un favor del cual depende su vida; y que le suplica acuda esta noche á las doce, á la puerta de palacio.

Fernandez. A la puerta principal?

Catalina. No señor, á la que da al rio Neva; y yo sola, á oscuras he de bajar á abrirle asi que llame tres golpes. Esto es lo que me ha dicho palabra por palabra sin faltar una tilde.

Fernandez. Está bien, está bien. (*Como distraido.*)

Catalina. Y ahora decidme, qué es lo que debo hacer?

Fernandez. Dar tu recado al capitan sin decir una palabra á él ni á tu señora de esta conversacion.

Catalina. Oh, eso yo os lo prometo..... como que ya antes la prometí.... porque yo no sé como me compongo; pero sin querer á todos les prometo....

Fernandez. Y qué te importa cumpliendo fielmente?

Catalina. Pues eso es; pero á Estrolof no le direis...? porque una vez casada, él tendrá confianza y entonces es otra cosa.

Fernandez. Vamos á ver si te marchas que no hay que perder tiempo. (*Catalina se va corriendo.*) No; ni yo tampoco, que las horas vuelan. El cielo ayuda nuestra empresa: ya sé como he de entrar esta noche en palacio. (*Se oye música militar á lo lejos y despues pasan grupos por las ventanas,*)

ESCENA XI.

FERNANDEZ. *y* ESTROLOF *que sale por la puerta de la derecha.*

Estrolof. La regente pasa ahora por el jardin para la sala de baile. (*A media voz.*)

Fernandez. Un baile, bebidas, adornos, cantos de alegria.... y dentro de una hora metralla, fusileria, sangre, muerte y desolacion.... Y si somos vencidos! Yo valgo poco.... pero Isabel, mi pobre y querida emperatriz! (*Mirando por las ventanas.*)

Estrolof. Qué ocurre, señor?

Fernandez. Nada, una simpleza mia; me entretengo en reflexiones, cuando lo que se necesita es obrar.

ESCENA XII.

DICHOS *y* DEMETRIO *que sale por la puerta de la derecha que se quedó antes abierta.*

Demetrio. Qué dicha me espera...! á las doce.... precisamente es la hora de nuestro proyecto; y si yo muriese ¿qué seria de mi pobre Eudoxia? (*Aparte.*) Oh, doctor, no podriais retardar por mí, por un amigo, la conspiracion por un cuarto de hora? (*A Fernandez.*)

Fernandez. Sí por cierto; ya no vamos esta noche al cuartel de Prebayensqui.

Demetrio. Feliz ocurrencia, porque á esta hora tengo yo una cita.

Fernandez. De veras?

Demetrio. No, no han de decir que soy hablador, no le diré mas que lo preciso. (*Conteniéndose.*) Me habeis de franquear esta noche vuestro cuarto que está mas cerca.

Fernandez. Para qué?

Demetrio. Para ponerme una capa.

Fernandez. Que favorezca el misterio.... Podeis disponer de la casa.

Demetrio. Bien está.

Fernandez. Lo ves? pues tienes que seguirle y asi que entre en casa.... (*Bajo á Estrolof.*)
Estrolof. Qué hago, señor?
Fernandez. Encerrarlo: estando asi toda la noche no podrá descomponer nuestro plan.
Estrolof. Y esa cita que dice...?
Fernandez. Otro irá por el.
Estrolof. Quién, señor?
Fernandez. Yo.

ESCENA XIII.

DICHOS. GOLOFQUIN. ISABEL *vestida de pastora de aquel tiempo con damas de la corte en el mismo trage.* CATALINA, *cortesanos, hombres y mugeres del pueblo con disfraces aparecen en el jardin: algunos salen á la escena.*

Isabel. Qué tal, señores? Manejo bien el vestido de nuestras pastoras y su aire sencillo?
Fernandez. Todos vemos que vuestra alteza es capaz de hacer bien cualquier papel de que guste encargarse.
Golofquin. Todo está ya preparado para el baile y la regente espera ver en él á vuestra alteza.
Isabel. Pues al instante. Y vos no venis, doctor?
Fernandez. Para ver llegar á vuestra alteza.—Ve á buscar á los nuestros. (*Bajo á Estrolof.*)
Isabel. Estos jardines son hermosos!
Fernandez. Pero quedarse en ellos hasta muy tarde no lo creo muy sano.
Demetrio. Por eso me iré yo antes de las doce. (*Con aturdimiento.*)
Fernandez. Lo mismo digo.
Catalina y Golofquin. Entiendo. (*La primera mirando á Demetrio y el segundo mirando á Fernandez y á Demetrio.*)
Golofquin. Traidores, no os perderé de vista. (*Aparte.*)
Isabel. Con que las doce es la hora de la conspiracion. Toda me estremezco! Y qué debo hacer yo? (*Bajo á Fernandez.*)
Fernandez. Bailar: eso es lo que aconseja la política. Y nosotros á las doce. (*Bajo á Estrolof.*)

Estrolof. Ya estoy.... (*Mirando á Fernandez.*)
Catalina. A las doce.... (*A Demetrio bajo.*)
Demetrio. A las doce.... (*En el mismo tono.*)
Golofquin. A las doce! (*Aparte mirándolos con cierta alegria concentrada.*)
Isabel. A las doce! (*Temblando y yendose. Se van todos en desorden y se pierden en el jardin.*)

ACTO CUARTO.

Gabinete de palacio con gran ventana en el foro que da á la plaza pública. Puerta en los dos lados del foro.

ESCENA I.

EUDOXIA *sola*, *despues* CATALINA.

Eudoxia. No pueden ya tardar las doce: Demetrio acudirá aqui á la cita y yo no le veré! No importa: le alejaré de sus verdugos y se salvará.

Catalina. Las doce, señora; voy á esperarlo donde me dijo. (*Saliendo.*)

Eudoxia. Sí; pero estás bien enterada?

Catalina. Sí señora; asi que venga y haga la seña....

Eudoxia. Ya sabes: abres la puerta de palacio que da al Neva, lo traes ahí, á ese gabinete y lo encierras.

Catalina. Pero solo, señora?

Eudoxia. Claro está.

Catalina. Y vos no le vereis?

Eudoxia. No por cierto: yo vuelvo á mi cuarto, de donde no saldré en toda la noche.

Catalina. Bien sabe Dios que no entiendo las manías de estas señoras; dar una cita á su amante para encerrarle luego en un cuarto. Pues para eso tanto valia dejarlo estar en su casa. Lo que es yo, si llegase á ... (*Aparte.*) Allá voy, señora.... (*Alto.*)

Eudoxia. Y silencio.

Catalina. Bien, señora; pobre mozo! (*Yéndose.*)

Eudoxia. Teniéndole aqui sujeto, le apartaré de ese cuartel malhadado, que es todo lo que quiero. (*Mirando á la izquierda.*) Pero yo hago mal en estar aqui.... quién será ahora?... mi marido .. no, que es la princesa.

ESCENA II.

EUDOXIA. ISABEL *y un* CRIADO *que se queda en la antesala.*

Eudoxia. Vos, señora, por aqui cuando yo os suponia en el baile?

Isabel. Me he retirado ahora, y sabiendo por Golofquin que estabas mala, he querido verte antes de recogerme.

Eudoxia. Cuánta bondad!

Isabel. Y despues he sabido algunas cosas.... Este Fernandez me abruma con sus planes ahora de atacar este palacio.... todo sangre y horrores. (*Aparte.*)

Eudoxia. Me parece que he oido.... (*Que ha estado escuchando á la puerta.*) Venid, venid, señora, á mi cuarto.

Isabel. Al contrario: si yo venia á convidarte para mi casa. (*Aparte.*) Al menos alli estará segura.

Eudoxia. Salir esta noche de casa! Y por qué, señora?

Isabel. No me lo preguntes, que no te lo puedo decir; pero tú sabes que has sido siempre una verdadera amiga mia; y hay en la corte tan pocos amigos, que es necesario cuidar mucho de ellos y.... cuando llega el caso, salvarlos.

Eudoxia. Cómo salvarlos! Pues qué hay algun peligro?

Isabel. No, no digo eso precisamente; pero tú sabes la impopularidad de tu marido.... quiero decir que tiene algunos enemigos; y en tiempos de revolucion.... tal vez aqui te confundirá con él la multitud, y acaso....

Eudoxia. Me horrorizais, señora. Se trata acaso de atacar este palacio?

Isabel. Pudiera suceder, aunque no es esto decir que yo sepa nada.

Eudoxia. Y yo que hago venir aqui á Demetrio creyéndolo mas seguro! Ya está aqui Catalina.

ESCENA. III.

DICHOS Y CATALINA *que sale de la izquierda, cuya puerta cierra y se guarda la llave.*

Catalina. (*A Eudoxia.*) Ya está: todo ha salido bien. Allí queda encerrado: esta es la llave. Ay que está aqui S. A.! (*Viendo á Isabel.*)

Eudoxia. (*A Catalina.*) Qué has hecho!

Catalina. Que torpeza la mia!

Isabel. (*Amable.*) Qué es eso? no hay que turbarse: quién es pues ese preso misterioso?

Eudoxia. Tal vez creerá V. A...

Isabel. (*Siempre en tono festivo*). Vamos, ya entiendo y os perdono la intriga; aun me ofrezco á ayudarte á salir del compromiso, si como parece tienes algo que temer.

Eudoxia. Señora!

Catalina. Dice bien, señora: si ofrece S. A. ayudaros ¿por qué no hablarla con franqueza? cuando no hay otro remedio, la prudencia aconseja hablar francamente. (*Pasando al lado de Isabel.*) Pues sí, señora, es un joven oficial que hemos hecho venir sigilosamente.

Isabel. (*Risueña.*) Bueno!

Catalina. Pero eso sí, con buen fin.

Eudoxia. Sí señora; queria salvarlo de un gran peligro. Pero os aseguro que no le amo. Os lo juro por... (*Haciendo callar á Catalina.*).

Isabel. (*Riéndose.*) Y ese dichoso amante permite que se espongan asi por él?

Catalina. (*Que no hace caso de las señas de su señora.*) Pues ya se ve, como que adora á mi ama: asi se lo tiene dicho muchas veces. Y qué caballero tan guapo! tan galan! V. A. le conoce.

Isabel. De veras? Pues quién es?

Catalina. (*A media voz.*) El capitan Demetrio.

Isabel. Demetrio! 'Qué nombre has pronunciado? Es ese de veras el que ama á tu señora? Responde. (*Demudada y trémula.*)

Catalina. Si señora, el mismo.

Isabel. Y viene aqui para verla en una cita?

Catalina. Si señora, yo misma le he traido. (*Señalando al gabinete y mostrando la llave.*)

Isabel. Ah, basta. (*Arrebatándola la llave.*)

Catalina. (*A Eudoxia.*) Pues qué la habrá dado?

Isabel. (*Aparte y con el mayor acento de dolor.*) Y yo le amaba tanto! Fernandez, él, todos me han engañado... Infeliz de mí! Pero todos pagarán su perfidia con la muerte. (*Reponiéndose.*)

Catalina. (*A Eudoxia.*) Ay, señora, qué va á ser de nosotras?

Eudoxia. (*Desfallecida.*) Calla.

Isabel. Todo va á saberlo Golofquiu ya que me han engañado tan vilmente. ¡Ay del que merezca mi venganza! (*Escribe en la mesa con mucha agitacion.*)

Eudoxia. Dios mio!

Isabel. Su muerte, sí; eso es lo que basta á mi venganza. Pero vosotras no temais nada, no es de vosotras de quien debo vengarme. (*A Eudoxia.*) Marcha corriendo: á Golofquin. (*Llama al criado que la acompañó y le da una carta. Eudoxia y Catalina se marchan por la puerta de la izquierda en virtud de un gesto que les hace Isabel.*)

ESCENA IV.

ISABEL *sola, despues* FERNANDEZ *embozado.*

Isabel. Me vengaré, nada mas apetezco ya. Golofquin está ya enterado de cuanto se trama en mi nombre, y Fernandez lo pagará con su cabeza... en cuanto á Demetrio yo me encargo de su castigo. Allí está... (*Señalando.*) Veré al pérfido y me gozaré en su confusion y en su vergüenza. Tiemblo y apenas puedo dar vuelta á la llave. (*Abre.*) Salid, capitan Demetrio. (*Sale Fernandez embozado.*) Acercaos, que ya ha llegado el momento de pediros cuenta de las traiciones que con Fernandez.....

Fernandez. (*Desembozándose.*) Yo culpable!

Isabel. Dios mio, es Fernandez?

Fernandez. (*Sonriéndose.*) Culpable soy de amaros, de serviros á riesgo de mi vida. Si tales son los crí-

menes de que me acusa V. A., consuélame saber que tengo muchos cómplices.

Isabel. No: os acuso de haber abusado de mi confianza y de haberos burlado del afecto mas grato á mi corazon, de haberme dicho que Demetrio me amaba.

Fernandez. Y lo sostengo.

Isabel. Todavia engañarme cuando sabeis tan bien como yo que á quien ama és á Eudoxia, y que es correspondido!

Fernandez. (*Aparte.*) A Dios!...

Isabel. Que esta noche ha recibido de ella una cita, y que ahora mismo he encontrado aqui á la de Golofquin, que inquieta y trémula me lo ha confesado todo. No contabais sin duda con esta confesion, y por eso confundido no sabeis ahora qué responderme.

Fernandez. (*Con indiferencia.*) Estais equivocada, cosas de mayor interés ocupaban ahora mi mente.

Isabel. Pues qué, tendreis todavia valor para decir que ella no le aguardaba aqui?

Fernandez. No digo que no; pero en tal caso mucho tendrá que agüardarlo, porque es seguro que no quiere venir.

Isabel. Que decís?

Fernandez. Que esa señora le ama es cierto; y qué culpa tiene él de eso? como es tan galan todas le aman, él no puede estorbarlo; mas no esperimenta hácia todas el afecto que una sola ha sabido inspirarle... y luego, otras cosas tiene en la cabeza ese joven entusiasta, y otras cosas en el corazon. Sí señora, sí, yo os lo aseguro: ese joven no ama mas que á V. A, y cuando recibió esta mañana el billete de esa señora, que por cierto estaba conmigo, «es imposible,» esclamó al leerlo. Despues, ya se ve, como hombre de educacion quiso cumplir con las consideraciones que se deben en la sociedad á una señora, aunque no se la ame; y me dijo: «Doctor, id allá en lugar mio y aquietad á esa pobre muger, pero decidla la verdad, que yo ni la amo ni puedo amarla, porque mi corazon rinde culto en otro altar.» Y en efecto, señora, ahora mismo lo está probando con las armas en la mano combatiendo por vos.

Isabel. Dios mio, qué es lo que oigo!

Fernandez. A la cabeza está de los conjurados, esponiendo su vida por la que le acusa y duda de su ternura.

Isabel. No, ya no dudo. Yo sola soy la desgraciada... la culpable; porque yo le he hecho traicion; á él y á vosotros todos.

Fernandez. Qué estais diciendo?

Isabel. No escuchando mas que á mi cólera arrastrada por el cruel desengaño que creia cierto; qué me importaba ya la conspiracion cuando su amor era todo para mí! Solo á él veia, y creyéndome vendida, sin pensar mas que en vengarme, acabo de escribirlo, de revelarlo todo á Golofquin.

Fernandez. La maldicion del cielo ha caido sobre nosotros.

Isabel. Vuestros proyectos contra Munic y Osterman, todo, todo; y aun le aconsejaba apartar de este palacio al príncipe Ivan.

Fernandez. (*Desesperado.*) Verlo todo desaparecer en el momento feliz y decisivo! Arrojar asi una corona! y todo por el maldito amor.

Isabel. Doctor, doctor, perdonadme.

Fernandez. Sí señora, todo está ya perdido, y no hay mas que tratar de morir dignamente; (*Con frialdad.*) porque vos no sereis la última á pesar de todo. España, España, patria mia, ya no volveré á verte; por qué te abandoné yo? (*Reflexiona.*) Para hacer mi suerte menos dura ó morir: pues bien, he logrado mi objeto.

Isabel. Ojalá pudiera yo con mi sangre sola reparar esta falta.

Fernandez. Hablais con sinceridad?

Isabel. Sí, por salvaros, por librar á Demetrio y á nuestros amigos daria gustosa mi vida.

Fernandez. Bien: eso es hablar con nobleza. Pues bien, emperatriz Isabel, estais dispuesta...

Isabel. A morir.

Fernandez. No, á reinar. Corred á refugiaros al regimiento de Novogorod: ni teneis ya tampoco otro asilo... y quién sabe el efecto que puede hacer en la multitud una joven bella... la hija de Pedro el

grande, que pide amparo á los soldados rusos? O yo no lo entiendo, ó basta eso para producir el entusiasmo, présago del buen suceso.... En fin, que resistan un poco, que se sostengan, no les pido mas... que yo entretanto...

Isabel. Qué vais á hacer?

Fernandez. Una tentativa desesperada. Ya que mi cabeza debe caer, no se la he de ir yo á llevar; antes quiero defenderla todo el tiempo que pueda. Marchad pues, señora, que ya no nos veremos mas que sobre el trono ó como os dibujaba yo esta mañana....

Isabel. (*Con tono suplicante.*) No, no digais eso: Fernandez, cualquiera que sea el éxito de esta empresa, decidme que perdonais mi grave falta. (*Se arroja en sus brazos.*)

Fernandez. (*Desasiéndose y enjugándose los ojos.*) Vamos, vamos, que no estamos ahora para ternezas: salid pronto, señora de este palacio, antes de que venga quien os lo impida. (*Isabel se va.*)

ESCENA VI.

FERNANDEZ *solo*, *despues* ESTROLOF *y sus compañeros.*

Fernandez. Yo me quedo en este palacio, que me pertenece por derecho de conquista. Me apodero pues de él, y á pesar de los peligros que nos rodean, si Estrolof y los suyos acudiesen con puntualidad. . (*Abre la ventana del foro: entran por ella Estrolof y hasta una docena de conjurados.*)

Estrolof. Aqui estamos: todos somos esclavos y ganosos de venganza. No teneis mas que dar la señal y nuestros brazos se bañarán en la sangre de los tiranos. Si es menester morir, moriremos. (*Todos van rodeando al médico.*)

Fernandez. Estais de veras resueltos á morir?

Todos. Sí, por vengarnos.

Fernandez. Pues bien, sabed que nuestro plan está descubierto.

Todos. Oh, cielos!

Fernandez. Si alguno teme, debe abandonar este sitio,

porque nuestra suerte es triunfar ó salir de aqui muertos.

Todos. Todos te acompañamos: mándanos.

Fernandez. Solo un medio alcanzo, peligroso, desesperado, pero el único que puede salvarnos de una muerte cierta. (*Haciendo que se acerquen mas.*) Ya no hay que pensar en apoderarnos de Munic y Golofquin, porque estan avisados: tambien hay que renunciar á la captura del príncipe, porque no está en palacio.

Varios. ¡Qué contratiempo!

Fernandez. Pero está aqui su madre la regente Ana de Curlande: acaba de llegar del baile, ese es su cuarto.

Estrolof. Y qué?

Fernandez. Que hay que entrar ahí. Estará dormida ó con sus sirvientas. Al veros se sobrecogerá, y entonces de grado ó por fuerza que firme esa orden para prender á Golofquin, Munic y Osterman, encargándome á mí de ejecutarla... lo demas yo lo haré. Conozco al soldado ruso y su obediencia pasiva... mandaré á las tropas de Golofquin en nombre de la regente y á las nuestras en nombre de Isabel; pero es menester que firme... es forzoso, lo entiendes?... (*A Estrolof.*)

Estrolof. Y si resiste...

Fernandez. A la vista de un puñal no resiste; es muger y yo la conozco; no resiste.

Estrolof. Y si grita y vienen guardias á su socorro?

Fernandez. (*Con desprecio.*) Entonces lo que os dije antes... Presos por mil... (*Con decision.*) Pero si llegan á socorrerla no será sin haberme muerto primero á mí, que me quedo guardando esta puerta. Amigos mios, ya me comprendeis... el lance es desesperado.

Varios. Sí, y estamos prontos: á la empresa. (*Entran por la puerta mayor de la derecha y Fernandez se queda fuera con una pistola en cada mano.*)

ESCENA VII.

FERNANDEZ. DEMETRIO.

Demetrio. (*Por la ventana del foro.*) Yo he de entrar de un modo ó de otro.
Fernandez. Quién entra por esa ventana?
Demetrio. A Dios!... el doctor...
Fernandez. Demetrio! El diablo lo trae ahora.
Demetrio. Ah, traidor! ahora te pillo y me darás cuenta de aquella injuria.
Fernandez. Qué injuria?
Demetrio. La de hacerme faltar á la cita de Eudoxia encerrándome en tu cuarto. Gracias á que he podido descolgarme con las sábanas hechas trizas.
Fernandez. Buena ocurrencia!
Demetrio. Ahora me esplicarás por qué has hecho eso conmigo; precisamente ha sido con algun designio, porque tú no haces nada sin reflexionar.
Fernandez. Que es en lo que me diferencio de vos.
Demetrio. No, ahora no te escaparás. Ea; vé delante, y pues que conoces la casa, enséñame la habitacion de la señora de Golofquin.
Fernandez. Vayan al diablo vuestros amores, que me han dado mas que hacer que todos nuestros enemigos juntos.
Demetrio. No hay remedio, teneis que llevarme.
Fernandez. (*Inquieto y mirando siempre á la derecha.*) Digo que no.
Demetrio. Pues os batireis conmigo.
Fernandez. Sí, para desafios estoy yo ahora. Eso es bueno para vos que no perdeis mas que vuestra insignificante vida.
Demetrio. Sois un cobarde!
Fernandez. (*Desentendiéndose y mirando al mismo lado.*) Todo lo que querais.
Demetrio. Y un infame, un vil.
Fernandez. En buen hora... (*Tocándole.*) pero silencio, no hay que dar voces, si no os levanto la tapa de los sesos. (*Mostrándole la pistola.*)
Demetrio. (*Con indignacion.*) Respuesta es esa digna de un hombre como vos.

Fernandez. Al menos por ahora no tendreis otra. Despues... veremos. (*Viendo á Estrolof da un grito y corre á él.*) Ah, ya estás aqui. (*A Demetrio.*) Perdonad... (*A Estrolof.*) Qué noticias?..

Estrolof. Ahi está la orden. (*Dándole un papel.*) La ha firmado sin resistencia; porque la pobre temblaba como la hoja en el arbol.

Fernandez. (*Tomándolo.*) Pues bien: tenedla encerrada sin permitir que hable con nadie: cuatro de los nuestros bastarán; pero han de morir primero que dejarla hablar con nadie.

Estrolof. Seré yo uno de los cuatro?

Fernandez. No, porque tú me haces falta para cosa mas importante.

Demetrio. (*Impaciente y poseándose.*) Con que, caballero....

Fernandez. (*A Demetrio.*) Al instante... (*A Estrolof.*) Gente viene: ya era tiempo.

ESCENA VIII.

DICHOS *y* VOREF *con varios soldados salen por la puerta del foro.*

Fernandez. Quién vive? Alto.

Voref. Servicio de palacio; oficial de guardias. Pero quién sois vos que me lo pregunta?

Fernandez. Su alteza imperial la regente Ana de Curlande acaba de comunicarme sus órdenes. Conoceis su firma? (*Mostrando el papel.*)

Demetrio. Habrá traidor! Conspirando por Isabel y y ahora salimos con que sirve á sus enemigos. (*Mientras lee Voref.*)

Voref. Venero como debo esta orden, escelentísimo señor.

Fernandez. (*Señalando á Demetrio.*) Asegurad la persona del señor hasta nueva orden.

Demetrio. Cómo..!

Fernandez. (*Aparte.*) No es posible que de otro modo siguiera adelante la conspiracion.

Voref. (*A Demetrio.*) Caballero, vuestra espada.

Demetrio. Esta es. La serenidad de este infame me

horroriza. (*Mirando á Fernandez que se rie.*)

Fernandez. Y yo me reiria de vuestra cólera si tuviera ahora lugar. (*Aparte.*) Vamos á buscar á los amigos.

ESCENA IX.

DICHOS, *menos* FERNANDEZ *y* ESTROLOF.

Voref. Señor oficial, vamos adelante.

Demetrio. Vamos pues; no me quejo de vosotros; pero el malvado del médico que con su charla me ha metido á mí en estas conspiraciones.

Voref. Qué decís?

Demetrio. Qué es lo que he dicho? No, es una equivocacion... (*Reteniéndose.*) Si me pilla otra vez para conspirar! (*Aparte.*)

Voref. Adelante: el deber primero de un militar es la obediencia. (*Aparte.*) Pobre oficial, mala causa tiene.

Demetrio. O tú, mi siempre adorada, quién pudiera verte una vez sola antes de morir!.. (*Los soldados quieren llevárselo.*)

ESCENA IX.

DICHOS *y* EUDOXIA *que sale por la izquierda.*

Eudoxia. Qué ruido es este?

Demetrio. Dios mio, es ella! El cielo oyó mis votos.

Eudoxia. (*A los soldados.*) Dónde llevais al oficial?

Demetrio. (*Con indiferencia.*) No lo sé, pero lo infiero. A la muerte.

Eudoxia. Dios mio, pues qué ha hecho?

Demetrio. No lo sé, en verdad. Mas qué me importa ya la causa de mi muerte si os veo? Ya soy dichoso. (*Con ternura.*)

Vored. Vamos, vamos adelante.

Demetrio. Aguardad un momento. Vos, señora, que conoceis la dama á quien adora mi corazon, llevadla mi último á Dios. Decidla que sin ella me era odiosa la vida; y que privado de su amor nada me importa el morir. Decidla, en fin, que su

memoria será lo último que muera en este desdichado.

Eudoxia. (*Aparte.*) No, si muere yo le seguiré: justo cielo, recibid mi juramento.... Ese rumor... ¿no oís? (*Los soldados quieren llevarle, y en esto se oye ruido en la plaza.*)

Demetrio. Suenan armas.

Voref. Y voces de gente que se bate.

Eudoxia. Yo tiemblo. (*Gritan fuera:* «*Muera Golofquin.*»)

Eudoxia. Mi esposo está en peligro; vuelo á su socorro. (*Se va por el foro*)

Demetrio. (*Que hace por seguirla.*) Dejadme morir á su lado.

Voref. No nos es posible. El tumulto se acrecienta: las puertas de palacio han caido á los golpes del pueblo enfurecido, y se oyen ya sus cánticos victoriosos. (*Suena mas ruido. En esto sale precipitado el pueblo mezclado con los soldados: abiertas las ventanas del foro se verá con la luz de las hachas la plaza de S. Petersburgo.*)

Pueblo. Viva la emperatriz! Muera la regencia. (*Sale Isabel sostenida por Fernandez.*)

Demetrio. Qué veo! Es Isabel!

Fernandez. A quien ha coronado el pueblo: sus enemigos estan á sus pies.

Isabel. Quiero que á todos alcance mi perdon. Salvad al triste Golofquin; acude pronto. (*A Estrolof.*)

Estrolof. (*Con indiferencia.*) Ya es tarde.

Demetrio. (*Aparte con alegria.*) Con que ya no vive.

Fernandez. (*A Estrolof.*) Estás tu seguro?

Estrolof. Me habia yo encargado de él. (*Con risa feroz.*) En una hora ha pagado veinte y cinco años de venganza.

Isabel. Cuánto os debo, doctor! y á su valeroso afecto. (*Señalando á los otros.*) Y vos, generoso joven, cuyo celo me es tan conocido, ¿qué podré hacer para recompensar tanto valor? (*Al fijar la vista en Demetrio hace un movimiento de satisfaccion.*)

Demetrio. Señora, una cosa sola.

Isabel. (*Con ternura.*) Decidla.

Demetrio. Que... no ahora, mas adelante, os digneis

proteger el mas puro amor, y me ayudeis á vencer la repugnancia de la única muger que adora mi corazon: de la sin par Eudoxia. (*Vacilando.*)

Isabel. Dios mio! (*Se apoya en Fernandez para no caer.*) Me habeis engañado!!! (*A Fernandez con amarga reconvencion.*)

Fernandez. Sí; para restituiros el sólio que os pertenece. Empieza vuestro reinado. (*Señalando á los soldados que ponen á sus pies las armas y banderas.*)

Isabel. Y mi desventura tambien.

Pueblo. Viva la emperatriz! (*Suenan fuera tambores, trompetas y campanas: el pueblo ondea pañuelos y sombreros y los soldados las banderas. Cae el telon.*)